

INÉS
MONTBLANC

CISNES

ENIA SOMBRA

KALIEL

SERIE  EDÉNICOS

CISNES EN LA SOMBRA

KALIEL I



INÉS MONTBLANC

Título original: Cisnes en la sombra
Autora: Inés Montblanc
Copyright © Inés Montblanc, 2024

Primera edición: agosto 2024
Segunda edición: enero 2025

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi marido.
Me pregunto si he logrado materializar en ti
a mi héroe literario de juventud E. S.*

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mi esposo e hijas todo su apoyo. Cada momento de aliento, ayuda y comprensión que me brindaron, incluso a costa de su propio tiempo, no tiene precio.

Al ser que ha inspirado esta obra: donde sea que estés, gracias.

A todos aquellos que han participado de una forma u otra en mi sueño. Familia, amigos, muchas gracias a todos.

Y, finalmente, a ti querido lector, que has elegido embarcarte en esta aventura al adquirir mi novela, te estoy profundamente agradecida. Fue pensando en ti que decidí lanzar esta historia al mundo.

NOTA DE LA AUTORA

Quisiera tomarme unos minutos para hablarte de algunos de los temas que descubrirás en las páginas de esta novela. Comenzaré con los elementos de **metafísica** que incorporo a lo largo del relato. La metafísica es una rama de la Filosofía y un campo fascinante y complejo que ha capturado el interés humano durante siglos. En su momento, hace ya mucho tiempo, también capturó el mío como consecuencia de una serie de experiencias ligeramente sobrenaturales que tanto mi familia como yo fuimos experimentando con el paso de los años. Estas vivencias me impulsaron a investigar y a profundizar en conceptos transcendentales como la vida después de la muerte, en un esfuerzo por discernir entre las diversas creencias y perspectivas que nuestra humanidad comparte sobre estos misterios del alma.

En mi ferviente búsqueda de respuestas, tuve la suerte de hallar a renombrados expertos en este campo como Raymond Moody, Michael Newton, Elisabeth Kübler-Ross, Brian Weiss, Pim van Lommen, Eben Alexander... Sus maravillosos descubrimientos y estudios científicos, han sido un timón para mi alma y encontrarás chispas de sus investigaciones a través de la novela. Te recomiendo leer cualquiera de sus obras. Todas son fantásticas, liberadoras y esperanzadoras.

Raymond Moody, *Doctor en Medicina por el Medical College of Georgia - Doctor en Filosofía con especialización en Filosofía y Psicología por la Universidad de Virginia*. Es conocido por su investigación sobre las experiencias cercanas a la muerte (ECM). Su libro "Vida después de la vida" popularizó el término y el fenómeno de las ECM, describiendo patrones comunes en las experiencias de personas que estuvieron clínicamente muertas y luego revivieron, como túneles de luz, encuentros con seres queridos fallecidos y revisiones de vida.

Michael Newton, *Doctor en Filosofía en Consejería Psicológica (Counseling Psychology) - Licenciado en Hipnoterapia Clínica, con formación y experiencia extensa en la práctica de la hipnoterapia y regresión a vidas pasadas*. Destacó por su trabajo en la hipnoterapia de

regresión a la vida entre vidas. Sus libros, como "El viaje de las almas", entre otros de la misma temática, exploran las experiencias del alma entre encarnaciones, proporcionando detalles sobre el propósito de la vida, el desarrollo del alma y los planes de vida preestablecidos.

Elisabeth Kübler-Ross, *Doctor en Medicina por la Universidad de Zúrich, Suiza - Psiquiatra, conocida por su trabajo y formación en psiquiatría en los Estados Unidos*. Fue una psiquiatra pionera en el estudio de la muerte y el proceso de morir. Su libro "La Rueda de la Vida" es un libro autobiográfico, en el que narra sus experiencias personales y profesionales, y expone sus ideas y experiencias con la muerte y el más allá, incluyendo sus investigaciones sobre experiencias cercanas a la muerte y lo que estas pueden enseñarnos sobre la vida.

Brian Weiss, *Doctor en Medicina por la Universidad de Yale*. - *Se especializó en psiquiatría, con residencia en el Centro Médico de la Universidad de Yale*. Es conocido por sus estudios y escritos sobre la regresión a vidas pasadas. Su obra más famosa, "Muchas vidas, muchos maestros", relata cómo la hipnoterapia llevó a sus pacientes a recordar experiencias de vidas pasadas, lo que resultó en sanaciones emocionales y espirituales significativas.

Paralelamente, he tratado en la novela otras ideas igualmente interesantes como son la **física cuántica**, la **teletransportación**, los **viajes en el tiempo**, los **agujeros de gusano**, el cruce de **dimensiones** y otros intrigantes misterios que a nuestra imaginación le cuesta incluso concebir. La lectura y estudio de estos fascinantes conceptos han dejado una profunda huella en mí gracias al físico Michio Kaku. Este afamado científico, escribe sobre temas de física teórica, ciencia futurista y tecnología avanzada. Sus obras analizan cómo las leyes de la física pueden permitir o limitar avances tecnológicos y científicos, que hoy consideramos ciencia ficción. Toca temas como la teoría de cuerdas, la multidimensionalidad, la inteligencia artificial, los viajes en el tiempo, la posibilidad de vida extraterrestre, entre otros fenómenos.

Michio Kaku, *Doctor en Física por la Universidad de California, Berkeley - Licenciado en Física - Graduado summa cum laude de la Universidad de Harvard - Profesor de Física Teórica: Actualmente en el City College de Nueva York*. Su sólida formación académica y su capacidad para comunicar ideas complejas de manera clara han hecho de él una figura influyente en la popularización de la ciencia. En libros como "Hiperespacio" y "Física de lo imposible", nos invita a imaginar las posibilidades más allá de nuestra realidad cotidiana, examinando cómo las leyes de la física podrían permitir eventos que alguna vez se consideraron pura ciencia ficción. En "El

futuro de nuestra mente", discute avances en la neurociencia y la tecnología, y cómo podrían transformar nuestra comprensión del cerebro y la mente.

Sin embargo, el verdadero motor detrás de esta historia ha sido mi fascinación por las teorías e investigaciones sobre los llamados *astronautas ancestrales*, también llamados **dioses instructores** o ángeles de la antigüedad; una idea que sugiere que seres de otros planetas, del futuro o de otras dimensiones, visitaron la Tierra en tiempos prehistóricos y jugaron un papel crucial en el desarrollo de las civilizaciones humanas. Esta teoría, que desafía nuestra comprensión tradicional de la historia, me ha permitido crear una trama que entrelaza el pasado con el futuro, lo mítico con lo científico, lo real con lo irreal. Los trabajos de investigación de periodistas e investigadores como Cristina Martín Jiménez, Eric von Daniken y Manuel Fernández Muñoz han sido clave para sustentar esta trama, proporcionándome la documentación necesaria para realizar conexiones sorprendentes entre nuestro pasado y nuestro presente con visitantes del futuro, de las estrellas y de otras dimensiones.

"Los viajeros del Cosmos", de Manuel Fernández, es un libro donde el autor recorre una emocionante crónica de la humanidad en la que describe desde los astronautas ancestrales que deslumbraron a grandes faraones egipcios como Akhenatón y que quedaron reflejados en numerosos escritos hasta los discos voladores que describió el piloto de la armada estadounidense Kenneth Arnold. También habla de ángeles y demonios, el terrible culto a los Nefilim, los dioses estelares de Irlanda conocidos como los Tuatha dé Dannan.

En "Ángeles y extraterrestres" (título original: "Angels and Aliens"), Keith Thompson narra la intersección entre experiencias místicas con ángeles y encuentros con extraterrestres, sugiriendo que ambos fenómenos pueden ser diferentes interpretaciones de interacciones similares.

"Los libros de Enoc" es un texto muy antiguo que, desde una interpretación más moderna, han sido objeto de análisis en el contexto de teorías de antiguos astronautas, donde las descripciones de seres celestiales podrían ser vistas como visitantes de las estrellas.

En "El misterio de Sirio" (título original: "The Sirius Mystery"), de Robert Temple, se investiga las creencias de las tribus Dogon de Mali en África occidental sobre seres provenientes del sistema estelar Sirio, que algunos interpretan como una posible evidencia de contacto extraterrestre antiguo.

En el libro "Sobrenatural: encuentros con los maestros antiguos de la humanidad" (título original: "Supernatural: Meetings with the Ancient Teachers of Mankind"), de Graham Hancock, se trata la idea de que las experiencias visionarias y encuentros con seres descritos como ángeles podrían estar relacionados con antiguos visitantes extraterrestres.

En "Hijos del cielo", la periodista Cristina Martín Jiménez demuestra cómo ha habido siempre en la Tierra un vínculo especial con esos seres superiores, que eran alados, poderosos, bellos, fuertes, con autoridad, inteligencia y conocimiento, muy lejos del estereotipo que se ha difundido en la cultura popular. ¿Cómo establece esta conexión? A través de la conquista del espacio, que representa el regreso al origen. Según sus interesantes investigaciones, todo se lo debemos a los dioses, seres superiores que descendieron del cielo en astronaves más brillantes que el sol. A partir de las enseñanzas recibidas por ellos hemos conseguido evolucionar, pero el origen de la civilización humana son los dioses del Cielo.

Por otro lado, con la ayuda de las investigaciones realizadas por esta valiente periodista, exploré otro aspecto que influyó notablemente en mi trabajo y que es el trasfondo de la novela: el poder oculto, la **manipulación global** y las fuerzas que operan tras bambalinas. La influencia de grupos de poder globales y la manipulación de la información y la opinión. Libros como "Los amos del mundo están al acecho" que analizan a ciertos círculos de élite, como el Club Bilderberg, que ejercen control sobre la política, la economía y los medios de comunicación a nivel mundial, me han inspirado para construir la trama subyacente de la novela.

Graham Hancock, *Licenciado en Sociología por la Universidad de Durham en Reino Unido*. Como periodista, ha trabajado para muchos medios impresos británicos, como The Times, The Sunday Times, The Independent y The Guardian.

Robert Temple, Profesor y autor de varios libros. Fue profesor visitante de Historia y Filosofía de la Ciencia en la Universidad Tsinghua en Pekín, y anteriormente ocupó un puesto similar en una universidad estadounidense. Durante muchos años fue escritor científico para el Sunday Times y The Guardian y reportero científico para *Time-Life*, así como crítico frecuente para *Nature*. Es miembro de la Royal Astronomical Society y ha sido miembro de la Egypt Exploration Society desde la década de 1970.

Cristina Martín Jiménez, *Licenciada en Periodismo por la Universidad de Sevilla - Doctora en Ciencias de la Comunicación-Periodismo, con la primera tesis de estructura crítica sobre el Club Bilderberg en el mundo*,

calificada con sobresaliente cum laude y Mención Internacional. Su formación académica y su experiencia como periodista la han capacitado para investigar y escribir sobre temas complejos y controvertidos, convirtiéndola en una voz destacada en el campo de las teorías de conspiración y el análisis del poder global.

Erich von Däniken, no posee títulos académicos formales en arqueología, historia o ciencias relacionadas, sin embargo, su influencia y popularidad provienen de su capacidad para presentar sus teorías de manera atractiva y provocativa, desafiando las convenciones académicas establecidas y estimulando el debate sobre la posibilidad de vida extraterrestre y su impacto en la historia humana.

Manuel Fernández Muñoz, *Diplomado en Ministerio Pastoral y Capellanía.* Escritor y viajero incansable, ha recorrido el mundo y estudiado la espiritualidad de casi todas las religiones, bebiendo de ellas directamente. Ha convivido con chamanes en Sudamérica, estudiado meditación y budismo en la India y ha pertenecido a numerosas escuelas de mística en Argelia, Marruecos, Chipre, Turquía y Siria. Es colaborador habitual de los programas Espacio en Blanco (Radio Nacional de España), Mundo Insólito Radio, Ladrones de Sueños, Tiempo de Hadas... Ha publicado artículos en prestigiosas revistas como *Enigmas* y *Año Cero*.

Y dicho esto, espero con esta novela, no solo entretenerte, sino también despertar tu curiosidad y hacerte reflexionar sobre las ilimitadas posibilidades que nuestra realidad ofrece. Asimismo, me gustaría inspirarte y que te sientas con ganas de mirar más allá de lo convencional, cuestionar lo aceptado y soñar con lo increíble.

Los temas que presento en esta novela están arraigados en la ciencia, en la metafísica y en investigaciones sobre el origen de la civilización humana, pero también me he tomado ciertas libertades creativas para aportar un toque especial y único a la experiencia de lectura. Al fin y al cabo, el poder de la ficción reside en su capacidad para abrir puertas a mundos alternativos.

Cierra los ojos e inspira profundamente. No te cierres a nada. Tal vez haya más realidad de la que creas en estas páginas.

Te deseo que disfrutes del viaje.

Inés Montblanc

Prefacio

*¿Son los ángeles de la antigüedad
seres del futuro?
¿Desde cuándo visitan la Tierra?
¿Viven y se mueven entre los humanos?
¿Cuál es su agenda?*

*Existe una ciudad en el futuro llamada Edén,
rodeada de nieves eternas.*

*Es la única erigida tras la destrucción de la Tierra.
La habitan seres alados viviendo en armonía.
Cuando se quedaron sin espacio,
viajaron al pasado para arreglar el futuro.*

*Hace catorce mil años, los edénicos cruzaron el espacio y el tiempo,
llegando a nuestro pasado en una gesta heroica sin precedentes.*

*Encontraron el paraíso que los humanos destruyeron,
lleno de vida.
Al contemplar sus maravillas,
algunos quisieron apropiárselo.*

*Se desató entre ellos una cruenta guerra
por el control del planeta;
un conflicto en la sombra que perdura hasta el día de hoy.*



Capítulo I



Arena

«**E**l origen de la humanidad es un misterio perdido en el tiempo», declaró el profesor suplente de Arqueología Protohistórica tres minutos antes de acabar la clase.

Lancé una mirada rápida al reloj y solté un suspiro, deseando que, por una vez, ese hombre no se dejara llevar y extendiera más de la cuenta.

—La alumna que resopla al fondo: ¿tiene prisa?

Me sobresalté aludida. El señor Prats me observaba con la cabeza ladeada.

—No —murmuré.

—Dígame su nombre.

Me mordí los labios.

—Arena Falcó.

Afortunadamente, desvió la vista y continuó.

—En los textos sagrados de la inmensa mayoría de culturas que nos precedieron hablan de seres divinos que bajaron del cielo para crear al hombre o instruirlo desde la más remota antigüedad. Se les conoce como dioses o ángeles y también como observadores, vigilantes o instructores. Sin embargo, en dichos textos, también encontramos que tienen forma humana, ¿no es así? Se dice que comen, reposan y luchan.

Un débil murmullo recorrió la clase antes de que el profesor prosiguiera.

—Los famosos teóricos de los antiguos astronautas opinan que, dichos seres, provenían de otros lugares del universo, es decir, que eran extraterrestres cuya tecnología avanzada parecía sobrenatural y divina. También sostienen que fueron ellos los responsables del origen y desarrollo

de las distintas culturas humanas, aportando conocimientos avanzados a nuestros antepasados de la prehistoria. Resumiendo, aseguran que fueron ellos los artífices, directa o indirectamente, de los monumentos cuya construcción todavía no podemos explicar. No obstante, aun cuando sus teorías ufológicas resultan convincentes, la hipótesis del paleocontacto no tiene ninguna base científica. Les adelanto de antemano que suspenderé a aquellos alumnos que expongan estas teorías y afirmaciones pseudocientíficas en el examen.

Esta vez, el murmullo se transformó en un coro de risas y el profesor levantó las manos para acallar las voces que retumbaban en el primer piso de la facultad de Geografía e Historia de Barcelona.

—Les recuerdo que no hay una única visión del pasado, su análisis e interpretación es plural y depende de la ideología y de los elementos que pueden influenciar al investigador. Por esta razón, nuestra tarea primordial consiste en efectuar análisis objetivos, fundamentados en evidencias físicas, y en interpretar los vestigios como elementos de la historia, respaldándonos en las teorías actualmente reconocidas. Bien, si no hay dudas, la clase ha terminado.

Nos levantamos. Algunos compañeros formaron grupos para debatir el tema; yo me encaminé a la salida porque el asunto de los dioses instructores me parecía improbable y, lo más importante, tenía hambre.

Sujeté el bolso contra mi cuerpo y bajé el desgastado escalón de acceso a la calle. Saqué el teléfono y busqué los auriculares mientras me despedía con un gesto de unos compañeros de clase. A medida que me alejaba de la facultad, la cálida brisa primaveral me recordó que quedaban solo tres meses para finalizar el curso.

Mi casa estaba ubicada en el Ensanche derecho de Barcelona, a tan solo quince minutos a pie de la universidad. Ese breve paseo, me daba la oportunidad de despejarme de las densas clases que se concentraban al final de la mañana.

Almorcé sola, como de costumbre, repasando mentalmente el ejercicio puntuable de la penúltima clase. Fui la última en entregarlo y Marco se rio de mí diciendo que estaba perdiendo facultades. Pero lo cierto era que lo había clavado y ese era el motivo de mi retraso. Iba a sacar mejor nota que él, e imaginar su cara de envidia me arrancó una sonrisa malévola mientras fregaba los platos. Lo sé, soy una empollona de pies a cabeza, no me importa admitirlo; estudiar y tocar el piano son mis pasatiempos favoritos.

Pasatiempos antipopulares, todo hay que decirlo, pero no me importa. Quiero convertirme en arqueóloga e irme a trabajar a Italia lo antes posible. Ese es mi objetivo.

Me encerré en el dormitorio con la idea de evitar distracciones y avanzar en el programa que me había propuesto para la semana. Me quedaban por delante de tres a cuatro horas de estudio. No me sentía deprimida en absoluto, lo cierto era que me gustaba aprender y, teniendo los finales a la vuelta de la esquina, me interesaba, al menos, dar tres repasos a cada una de las asignaturas.

Mi habitación no era lo que se dice un espacio grande, pero allí entraba todo mi mundo. Estaba decorada en tonos neutros —blancos, cremas y tostados— porque a mi madre, que era interiorista, le gustaban esos colores y los había aplicado de manera obstinada por toda la casa. Aun así, gracias a los pequeños detalles decorativos, los objetos delicados y los muebles auxiliares, podía decirse que nuestro hogar tenía un aire acogedor y con encanto. Sí, «encanto» era la palabra que más se repetía cuando alguien nos visitaba por primera vez.

Mi escritorio estaba colocado bajo una amplia ventana que daba a un patio interior de manzana, bastante silencioso y cuidado. Me sentía cómoda estudiando en aquella mesa espaciosa de lacado suave.

Si recorría las cortinas, la vista era distraída. Cuando hacía pausas, me dedicaba a observar las terrazas de los bajos, a personas regando plantas en sus balcones, tomando el sol, fumando o leyendo. Al anochecer, el panorama se volvía mucho más interesante; desde la oscuridad, cada ventana iluminada captaba mi atención como un imán. Eran fragmentos de vidas anónimas mostrando escenas de toda clase —estimulantes o anodinas, tiernas o intrigantes, sugerentes o depresivas—, un auténtico abanico de situaciones, el paraíso de un *voyeur*. Podía quedarme largo rato ensimismada, observando aquellos cuadros animados, imaginando sus vidas, adivinando.

Detrás de mi mesa, a la izquierda, estaba mi cama y, a la derecha, después de un amplio espejo de pared, había una cómoda y una librería. Al fondo, frente a la ventana, se encontraba el armario empotrado, lacado en el mismo color crema que el resto de muebles. Llevaba seis años en aquella habitación, aunque, hasta los catorce, compartí otro dormitorio más grande con mis dos hermanas mayores: Mar y Sol.

Sol nos había dejado hacía ya tiempo. Ocurrió en un fin de semana de campamentos organizado por el colegio. Les sorprendió una fuerte tormenta

y tuvieron que apresurarse cuando estaban haciendo una actividad deportiva. Hubo un accidente, Sol se quedó atrapada bajo el agua con un arnés defectuoso y no pudieron rescatarla a tiempo. Tenía quince años.

Fue un percance inesperado, una desgracia impensable, algo espantoso y devastador para la familia. Como hermana menor, sentí su pérdida de una manera traumática y severa. Estábamos muy unidas, nos llevábamos únicamente un año y, en aquel entonces, ella lo era todo para mí: mi hermana, mi amiga, mi referencia, mi brújula.

Hubo un tiempo en el que soñaba ser como Sol: una niña vital, energética, atrevida y valiente. Intentaba seguir el ritmo de sus juegos, pero en mi caso, todo esfuerzo físico implicaba dificultad. Por desgracia, yo era una persona enfermiza, de constitución débil y con una esperanza de vida precaria, a causa del corazón con el que nació. Por eso, Sol había sido siempre mi protectora, mi apoyo, el motor de mi vida. Ella era la fuerte de las dos. Algunas noches, me metía en su cama e imaginábamos juntas lo que haríamos cuando recibiese un corazón sano. ¡Teníamos tantos sueños por realizar! Ella siempre me consolaba y me daba esperanzas de que pronto llegaría un corazón compatible para mí.

Y un día, sin más, mi hermana desapareció. Cuando falleció..., yo también morí, pero solo unos minutos; los que tardaron en reemplazar mi corazón por el suyo. Me vi flotando por encima de la mesa de operaciones y a los médicos inclinados sobre la que parecía ser yo. No sentí miedo, al contrario, estaba asombrada, incluso fascinada. Cuando por fin salí de mi asombro, me di cuenta de que mi hermana Sol estaba sobre otra camilla. El impacto de esa imagen me arrastró con fuerza de vuelta y de nuevo me sentí atrapada y dolorida en mi cuerpo. Horas después, al recordarlo, pensé si no habría sido todo un sueño.

Mi hermana se despidió del mundo como una heroína. Para los ajenos a la familia, el hecho de haberme salvado de un fin prematuro e inevitable, parecía tranquilizarles y justificar su muerte. Evidentemente, yo no lo veía así.

Tras su pérdida, la familia naufragó en aguas oscuras, cada cual a la deriva en su océano particular. Yo me llevé el lote completo: un postoperatorio complicado, ansiedad, abatimiento, falta de apetito, debilidad, insomnio, pesadillas, sonambulismo, mutismo, brontofobia y un profundo sentimiento de culpabilidad, porque, en realidad, debía ser yo la que muriera y no ella.

Cuando tomé conciencia de la brevedad de la vida, la veracidad de la muerte y la ausencia real de su persona, me sumí en un abismo tan desolado y sombrío, que perdí la capacidad de hablar. Estuve noventa y siete días sin poder pronunciar una sola palabra. Psicólogos, psiquiatras, logopedas..., ninguno de ellos pudo devolverme el habla. Aquel periplo por las consultas médicas no sirvió más que para gastarse un dineral.

Una noche, sin embargo, un sueño increíblemente vívido me brindó el mayor consuelo que podría imaginar. En él —me río solo de pensarlo—, un ángel me cogía la mano y me susurraba al oído que yo no tenía la culpa, que todo estaba pactado desde el principio; que Sol había vuelto a su verdadero hogar y estaba bien, que el alma sobrevivía a la muerte, que esta solo era un tránsito, que la vida era un aprendizaje y que únicamente éramos seres eternos teniendo una experiencia humana.

Recuerdo que a mi alrededor olía a flores y yo sentía por fin alivio en el alma y, sobre todo, paz. Aquel sueño me devolvió el coraje y también la voz. Me ayudó a superar el terror a desaparecer, a disolverme en la nada como mi hermana.

A partir de ese momento, decidí aprovechar el regalo que Sol me había hecho. Cuando por la mañana, pronuncié la primera palabra al levantarme, mi padre lloró. Y, aunque ahora puedo poner voz a mis pensamientos, sé que nunca más volveré a ser la misma, ninguno de nosotros lo seremos. Nuestra tragedia nos convirtió en otras personas para siempre, lo aceptemos o no.

«Sol...».

Aparté los apuntes y me levanté de la silla. Dejé que mis piernas me llevaran a la que había sido nuestra habitación al otro lado del pasillo. Abrí la puerta un palmo y, sin entrar, miré dentro: la alfombra granate, el buró de madera oscura, el sillón orejero donde mi madre se hundía en sus momentos más dolorosos. Nada más. Poco quedaba de aquel cuarto color rosa, con colchas blancas y cojines de corazones, en el que habíamos crecido y jugado las tres hermanas juntas. Los ecos de nuestras risas podían oírse en algún lugar de mi memoria.

Miré la pequeña fotografía sobre el buró, alumbrada por la luz tibia que se colaba a través de las contraventanas entornadas. Junto a las estrellas fluorescentes, que todavía podían verse iluminadas en el techo, esa foto había sido la única superviviente del *tsunami* familiar. Mar, Sol y yo, vestidas en traje de esgrima, floretes en mano, sonriendo acaloradas desde el marco. Yo tenía entonces diez años. Mi padre había tomado esa foto antes

de mi primer infarto. ¡Se veía a Sol tan llena de vida con su medalla después del torneo! Pero no era así como yo la recordaba... Imágenes del hospital y de mi hermana conectada a una máquina de respiración artificial se presentaron en mi cabeza. ¡Dios! ¡Cómo odiaba recordar esos días! Eso descontrolaba las cosas.

Se me formó un nudo en la garganta y empezaron a temblarme las rodillas. ¡Otra vez no! Cerré la puerta y apoyé la cabeza en ella tratando de respirar. «Uno, dos, tres, ...»; su corazón latía demasiado rápido. Me di la vuelta y recorrí el pasillo sin dejar de controlar la respiración hasta refugiarme nuevamente en mi dormitorio.

Me tiré sobre la cama y hundí la cara en la almohada, en un pueril esfuerzo por recuperar la dirección. Ya no podía estudiar, tenía que pensar en otra cosa, lugares tranquilos, bonitos, situaciones agradables: un bosque, un río, el mar, una puesta de sol...

Seguí con el ejercicio hasta que dominé el ataque. Estaba acostumbrada, ya lo había hecho más de mil veces.



Debido al estrés postraumático y a la posibilidad de rechazo del nuevo corazón, los médicos recomendaron a mis padres un cambio de aires. Nos trasladamos a nuestra masía de Viladrau, en Girona, pues la montaña del Montseny ofrecía la tranquilidad y el aire puro que necesitaba para recuperarme.

Allí aprendí a acostumbrarme a la soledad, a realizar actividades por mi cuenta, a entretenerme sin compañía. Esos dos años de aislamiento para protegerme de las infecciones, sumados a las exigentes lecciones de solfeo y piano, así como los dos cursos que estudié desde mi habitación, apoyándome únicamente en mi propio esfuerzo, me fortalecieron. Casi diría que me endurecieron.

Antes de volver a Barcelona, mi madre hizo acopio de valor para dismantelar nuestro antiguo dormitorio y convertir el que había sido el despacho de mi padre en dos prácticas estancias para mi hermana Mar y para mí.

Al regresar, me enfrenté a nuevos desafíos: un colegio distinto, más grande e impersonal, la incapacidad de participar en actividades físicas como el resto de mis compañeros, la dificultad de formar amistades... Todos esos factores, me mantuvieron muy al margen de la vida social en mi etapa colegial. Sin embargo, nunca agoniqué por no tener amigos, ni me importó ser invisible en mi entorno escolar. Es verdad que por mi aspecto enclenque aparentaba ser una persona frágil, pero interiormente tenía un espíritu resistente. Me había vuelto fuerte, como Sol.

Por eso no tuve amigos, propiamente dichos, hasta llegar a la universidad. Me decanté por la arqueología, la peor de las carreras si pretendes ser alguien importante en la vida, pero la mejor si lo que te gusta es trabajar al aire libre, viajar y sumergirte en la magia del pasado.

El amor por dicha disciplina se había gestado, supongo yo, en las numerosas noches que, sentada junto a mi padre, me tragaba los documentales del canal Historia por el simple placer de estar a su lado. Algo de aquellos reportajes debió de germinar en mi subconsciente, porque cuando acabé el colegio tenía muy claro lo que quería ser y a qué me iba a dedicar.

Como cosa extraordinaria, hice una amiga el primer día de universidad. Esa mañana de septiembre me dirigí a la facultad hecha un manojo de nervios. Me senté al fondo, en la penúltima fila, junto a otra chica que parecía tan tensa como yo.

Diana llegó cuando la clase ya había comenzado. Entró por la puerta de forma resuelta, sin pedir permiso ni disculpas; localizó un sitio con la mirada y recorrió el pasillo sin vacilar. Llevaba un atractivo vestido de florecitas, pendientes de plumas y unas fantásticas botas de flecos, que le daban un aire de modelo de revista. Más de un chico quedó deslumbrado con esa llamativa belleza rubia; yo también. Se sentó a mi derecha y, con un gesto despreocupado, dejó caer su pesado bolso de ante marrón justo sobre mi zapato. El impacto esfumó de inmediato la admiración del primer momento. Retiré el pie con brusquedad y entonces reparó en mí.

—Vaya —sonrió con ojos expresivos—. ¿Te he dado con el bolso?

Aprovechó para repasarme de arriba abajo sin un atisbo de timidez. Yo le hice un gesto con los hombros y ella lo apartó con el pie enviándolo un metro lejos de mí.

—¿Qué tal ahora? —me preguntó, levantando las cejas.

Me quedé unos segundos mirando el bolso en mitad del pasillo sin poder reaccionar, luego desvié la mirada hacia el otro lado con la esperanza de encontrar alguna señal de complicidad en mi compañera de la izquierda. Esta, sin embargo, parecía absorta en el curso de la clase, incluso levantó el brazo para intervenir, aunque el profesor no la tuvo en cuenta.

Sin nadie con quien compartir mi perplejidad, incrusté los ojos en la libreta y la golpeé nerviosa varias veces con la punta de mi bolígrafo. Había perdido el hilo. Memorice las últimas palabras del profesor y las anoté para disimular, consciente de que la pija no me quitaba la mirada de encima. Por un instante, extrañé mi habitual invisibilidad.

«Estará criticando mi pelo corto o mi aspecto desaliñado», pensé incómoda.

Minutos después apareció otro estudiante. Venía agitado, arrastrando una mochila demasiado abultada. Miró al profesor de reojo, murmuró una disculpa y atravesó la clase rápido, ansioso por aterrizar en algún lugar y mimetizarse con el entorno. Divisó un asiento libre delante de nosotras y se dirigió hacia él como un torpedo. Por desgracia, no vio el bolso de la rubia tirado en el suelo. Tropezó y estuvo a punto de caerse. En el proceso, su mochila golpeó nuestra fila de pupitres sacudiendo los bolígrafos, que fueron a parar al suelo. Soltó un taco en voz alta y el profesor lo miró irritado.

Por fin consiguió llegar a su objetivo y se desplomó en la silla. Lo vi hundirse sobre sí mismo y sentí lástima por él; ¿quién querría llamar la atención de una forma tan ridícula el primer día de curso? Pero mi compasión duró lo justo, el tiempo que tardó en llegar a mi nariz un agrio y desagradable olor que me cortó la respiración. Lo examiné con la vista; dos grandes rodales a la altura de la axila cubrían otras dos marcas más antiguas en su camiseta gris oscuro. Bajé la cabeza y ocluté la nariz con disimulo, sopesando si podría o no aguantar hasta el final de la clase.

—¡Vaya putada! —susurró la pija en mi oído, tocándose sutilmente la nariz y haciendo una mueca de disgusto. La miré ruborizada y sofocó una risita—. Luego nos cambiamos de sitio.

Asentí con la cabeza en señal de aprobación, sorprendida de la inesperada curiosidad que había despertado en mí esa chica.

La introducción en la materia me pareció interesante y amena. Reconocí algunos de los libros recomendados y me alegré de haber aprovechado el verano para adelantar en cuestión de bibliografía. Es lo bueno de no tener planes.

En la pausa de la mañana me levanté a comprar un tentempié y descubrí, asombrada, que mi compañera se unía a mí para ir a la cafetería. La vi interesada en simpatizar conmigo, cosa que me intrigó.

Transcurrió la mañana entre discursos inaugurales y presentaciones de programas. La jornada fue bastante relajada en general, dándonos tiempo a comentar con los compañeros nuestras primeras impresiones. Estaba claro que a la rubia le gustaba hablar y, si bien no parecía demasiado intelectual, resultó ser avispada e ingeniosa.

Al día siguiente, ambas llegamos casi a la vez. Me senté en el mismo sitio con la expectativa de que me siguiera, pero ella se detuvo a hablar con un grupito de chicas y me desilusioné; sin embargo, en cuanto el profesor entró en el aula, sus ojos me buscaron y vino a sentarse a mi lado. Debo admitir que me emocioné un poco, aunque, naturalmente, no lo exterioricé.

Al final de la semana, ya la consideraba una amiga. Diana era espontánea, extrovertida, divertida... En un juicio rápido, podía parecer una persona superficial y despreocupada, pero solo era una fachada. Cuando la conocías mejor, vislumbrabas detrás de sus conversaciones intrascendentes, graves problemas familiares y bastante falta de afecto. Aun así, superaba sus circunstancias implicándose en asuntos de carácter social o en situaciones de injusticia. Por lo general, andaba siempre metida en alguna que otra causa medioambiental, humanitaria o de defensa animal, lo que desataba mi más pura devoción. Siempre me pregunté qué hacía metida en esta carrera y llegué a la conclusión de que solo estudiaba arqueología para fastidiar a sus padres.

Su afán de cariño o tal vez mi aspecto desvalido, la impulsó a conectar conmigo de una forma más profunda y yo, que estaba más sola que la una, la acogí con los brazos abiertos. Pese a ser muy distintas, encajamos bien. A mí me hacía gracia su lenguaje desinhibido, su naturalidad y su postura activista, y a ella le atraía mi carácter leal, mi tendencia antisocial y mi dedicación a los estudios.

Una de las cosas que facilitó nuestra amistad fue el hecho de vivir cerca la una de la otra: a tres manzanas para ser exactos. Ella era hija única y sus padres, ambos arquitectos, estaban divorciados. Vivía con su madre, en un precioso ático casi tocando al Paseo de Gracia, aunque más tarde averigüé que no se tragaban. Ya fuera porque su casa estaba permanentemente invadida por los amigos ricos y disolutos de su madre, o por la corrosiva adicción de esta a la cocaína, el caso es que, desde los primeros días de clase,

Diana se aficionó a venir a nuestra casa y, en poco tiempo, mi nueva amiga se convirtió en una más de la familia.

Con el paso de los meses, nos hicimos inseparables. Al principio, nuestras tardes se centraron en los estudios, pero después fuimos ampliando: escuchando música, viendo series, paseando y, más que nada, hablando. Le había contado lo de mis infartos, lo de mi hermana Sol, la operación y toda nuestra desdicha familiar. Eso nos unió todavía más.

Ella fue quien, de manera gradual, rompió el caparazón de hielo que llevaba auestas, me ayudó a derribar los muros que de forma inconsciente había levantado para evitar las relaciones estrechas, y me proporcionó la confianza necesaria para abrirme de nuevo al mundo.

Le debo mucho a Diana Sagardi, mi querida y gran amiga. Gracias a ella reaprendí a relacionarme con los demás y a expresar mis emociones en lugar de reservármelas. En consecuencia, otros aspectos de mi vida empezaron a fluir con facilidad y, después de muchos años, me sentí parte de un pequeño ecosistema.

Además, siguiendo su ejemplo, me involucré en el voluntariado; creía que debía hacer algo en memoria de mi hermana y me comprometí a ir, una vez por semana, a la unidad de oncología infantil del hospital donde ella había fallecido.

Era una experiencia dura, pero me ayudaba a aceptar la muerte como parte de la vida. Resultaba conmovedor ver aquellos ojos infantiles iluminarse apenas me asomaba por la puerta. La hora y media que pasaba junto a los niños se iba volando y era tan gratificante y valiosa que, cuando llegaba el momento de marcharme, resultaba difícil desenredarme de ellos. Nunca podré agradecer suficiente las lecciones de fortaleza, resistencia y esperanza que me daban todos aquellos pequeños valientes. Ellos, junto con Diana, fueron mis grandes apoyos en aquel difícil periodo de superación.

En el segundo curso de universidad, las cosas fueron sobre ruedas. Por fin, Diana dejó de llamarme «elfo», gracias a que mi apariencia había cambiado bastante: me arreglaba con más esmero, me había dejado el pelo largo y vestía mejor. Tenía proyectos y planes. Estaba integrada con la gente de la clase, con los profesores y, como era más comunicativa en general, la convivencia en casa era también más distendida.

Cada día ampliaba más y más mi círculo de amistades y me sentía satisfecha de mis cambios y avances.

En tercero, por primera vez, llegué al convencimiento de que era capaz de superar la muerte de mi hermana y, si bien no era exactamente feliz, sentía que por fin era dueña de mi destino.

Lo que vino después, demostró con creces que no podía estar más equivocada.

Capítulo II



Arena

Desde las ventanas abiertas de mi habitación, el sol lucía radiante en un cielo despejado. Organicé meticulosamente mis apuntes y cuando levanté la vista, sentí que mi cuerpo pedía a gritos salir a la calle y disfrutar un poco de la primavera.

Con un suspiro, reprimí esas ganas y fui a por un vaso de agua; estábamos a mediados de mayo y debía seguir concentrada en mis estudios si quería conservar la beca académica para el año siguiente.

Consulté el reloj, Diana ya estaba de camino para pasar el fin de semana conmigo, aprovechando la ausencia de mi familia. Por suerte, llegó totalmente concienciada y no hizo falta animarla a estudiar. Nos jugamos a suertes el escritorio y la cama, y empezó la maratón de estudio.

La mañana se me pasó volando y pronto nos dieron las dos del mediodía. Cerré los apuntes, incliné la silla hacia atrás y la contemplé tumbada escribiendo con una sonrisa a alguien por el móvil. Cuando me descubrió observándola, dejó el teléfono a un lado.

—No puedo creer que sean ya las dos —comentó.

—Pasadas —puntualicé, desperezándome—. ¿Tienes hambre?

Diana no solía desayunar nunca; no le entraba nada por la mañana salvo, como mínimo, un litro de café. Por eso, cuando venía a casa, teníamos la costumbre de almorzar temprano, aunque esta vez se me había pasado la hora.

—Estoy famélica.

—Es lo que imaginaba. ¿Comemos ahora y seguimos?

Se incorporó absolutamente motivada, puso una música pegadiza en el teléfono y fuimos bailando como memas hasta la cocina.

Saqué un bol grande de ensalada de lentejas de la nevera y una bandeja repleta de croquetas que dejé sobre el mármol. Cuando Diana vio las croquetas, casi se le saltan las lágrimas.

—Arena, no sabes cómo adoro a tu madre. ¿No podríais adoptarme?

—Para qué —me reí—, si siempre estás en casa.

—Pues por eso, porque soy prácticamente una Falcó. Si me cambiase el nombre por uno de esos raros como Lluvia, Nieve o Aire... ¿Tendría alguna posibilidad?

La miré pensativa.

—Tienes razón, no sé en qué pensaban mis padres cuando nos pusieron estos nombres —me quejé.

—Según tu prima Andrea porque os concibieron a todas en la playa de Tamariu y que...

—Calla, por favor —la interrumpí—. Se me revuelve el estómago solo de pensarlo. ¿Y qué hace mi prima soltando esas intimidades? De verdad, está loca.

Diana se rio entre dientes.

—Mar, Sol y Arena; vaya tela. Mar y Sol tienen un pase, pero el tuyo tiene cojones.

—Sí, ya lo sé.

De repente puso una sonrisa traviesa.

—Mira qué se me ha ocurrido...

—Anda, no empieces, por favor.

—No, espera, verás que tiene gracia.

Cerré los ojos.

—Diana...

—¡Escúchame un segundo! —exigió risueña.

Esperó a que la mirara para empezar su tontería.

—Perdona, ¿tú te llamas Arena? ¡Pues, vaya faena!

—Ah, pues sí, ¡qué graciosa! —exclamé con sarcasmo, quitando el plástico que cubría las lentejas.

—¿Verdad? —confirmó hasta sorprendida—. A ver, que se me ocurre otra.

—Uf... Ahórratelo, gracias.

—Ni hablar, es divertido.

Resoplé, fingiendo aburrimiento.

—¿Sabes qué, Arena? Tienes cara de berenjena. ¿Te crees una sirena? No, ¡eres una ballena!

Estalló en carcajadas.

—Ja, ja. Mira como me parto —espeté con cara de asco—. ¿Lo dejas ya?

—No puedo; me siento inspirada. Escucha esta: Lo siento Arena, te peinas de pena; si tus padres no me adoptan, te arranco la melena.

Una vez más, se deshizo en risas.

—¿Por qué no cierras el pico? —sugerí, metiéndole una croqueta entera en la boca.

Me pasé un poco y se atragantó.

—¡Qué capulla eres! —se quejó, tosiendo.

Abrí el armario y saqué un par de salvamanteles.

—De todas formas, mi nombre solo me trae quebraderos de cabeza. Siempre me hacen repetirlo cuando no me conocen y me irrita.

—Es verdad, y, encima, te piden confirmación: ¿Arena de playa? —imitó con voz de falsete.

—Eso lo odio.

Empecé a preparar la mesa. Diana se fue a por una garrafa de la despensa y rellenó la jarra de agua.

—Por cierto, hay algo que quiero saber desde hace tiempo.

—¿El qué?

—¿A ti te gusta Marco?

Me giré para mirarla y después me reí perpleja.

—¿Estás de broma?

—No haces más que tontear con él.

—¿Qué? No es verdad.

—Coqueteas con él, y mucho —reiteró.

—Bueno, a ver, me hace gracia meterme con él porque es un idiota, pero de ahí a coquetear...

—Le sigues bastante el rollo y no negarás que es guapo.

—No, si yo no lo niego, pero, tú me conoces: Marco y yo..., vamos, es que es ridículo. Me parece un imbécil.

—Te gusta —insistió.

La observé fijamente.

—¡Te digo que no!

—Te lo estoy diciendo en serio.

—Y yo te respondo en serio —repliqué, intentando ser convincente.

Diana alargó la mano y cogió una croqueta de la bandeja.

—Si te echas un novio perderemos lo que tenemos —me advirtió.

—¿A qué te refieres?

—A nosotras, a todo esto —indicó, señalando con la croqueta a nuestro alrededor; luego le dio un mordisco—. ¡Qué buena está, Arena! Tu madre es una jodida chef.

—Tomemos primero las lentejas, por favor.

—Prefiero las croquetas —decidió mientras se zampaba otra.

Comimos haciendo una tómbola de posibles preguntas de examen, analizando los temas más importantes, en un intento de prepararnos para cualquier sorpresa que se nos pudiera presentar. No obstante, el comentario sobre Marco me había dejado incómoda. Por eso, al terminar la fruta, retomé el asunto.

—Volviendo a lo de Marco: espero que tengas claro que ningún chico se va a interponer en nuestra amistad.

—Ya, ya... —respondió con una sonrisa incrédula.

La contemplé exasperada.

—¡Que no me gusta Marco, Diana!

—Prométemelo.

—De verdad, te lo prometo.

—Pues actúas como si lo hiciera.

—No digas eso, porque no es cierto. En fin, dejémoslo estar —desistí—. No pienso dejar que los chicos sean un problema y, menos, ese.

—Yo tampoco —aseguró—. Más aún, yo nunca me los tomo en serio, pero tengo miedo de que tú sí. Ya conoces mi vida... Mi abuela de Santander y tu familia sois lo más sólido que tengo. Si nos distanciásemos...

—Eso no pasará.

—¡Sí, porque la amistad es lo más importante! —exclamó exaltada—. Y tú y yo somos como hermanas.

—Sí.

—Y, además, los chicos vienen y van, ¿no?

—Bueno, espero que alguno se quede.

—Pues yo no. ¡Qué les den! Estoy pensando seriamente en irme contigo a Roma cuando acabemos la universidad.

—¡Viviremos juntas! —dije emocionada.

—Y trabajaremos en proyectos importantes. ¡Descubrimientos!

—¡Síííí!

—Siempre amigas.

—Siempre.

Me lanzó varios parpadeos y profirió un hondo suspiro.

—¡Jo, qué conversación tan profunda! —bromeó, poniéndose una mano en el pecho.

Intercambiamos una mirada cómplice, esa que decía «somos absurdas», y rompimos a reír.

Recogimos la cocina y seguimos estudiando hasta la hora de cenar. Sobre las doce nos acostamos, yo completamente reventada. Sacamos la cama que había debajo de la mía y nos tumbamos a charlar de temas intrascendentes: cotilleos de la clase, ropa, exrollos suyos de las ONG's... Habría sido más receptiva si no hubiese estado tan cansada mentalmente. Diana hablaba de esto y lo otro, dando vueltas y rodeos, en tanto que yo luchaba por resistirme a Morfeo. En algún momento dejé de oírla, aunque intenté responder.

—No me estás escuchando —recriminó ella.

—Sí, sí —balbuceé.

—¿Ah, sí? ¿Qué he dicho?

—El engendro ese...

—Pero ¡qué dices! ¡Eso fue antes!

Abrí los ojos.

—A ver... no sé... —Me reí—. ¿Me he dormido?

—¡Sí, coño!

—Es que me pesan los párpados. ¿No podemos seguir hablando de esto mañana?

—¡De verdad, Arena!

—No te enfades...

—¡Si no me enfado! Lo que jode es que parece que escuchas y luego sueltas chorradas porque te has dormido. —La oí suspirar mientras cerraba de nuevo los ojos—. Entonces, ¿sigo o no? ¿Arena? ¿Te has vuelto a dormir? ¡Ostia!



La mañana del domingo fue también productiva. A mediodía nos hicimos unos bocadillos de lomo con queso y subimos al terrado con unas toallas. Disfrutamos de una hora bajo el sol, charlando sobre el verano, nuestros planes vacacionales y la esperada quincena en Formentera con el grupo de clase.

Diana se iría a casa de su abuela paterna en Santander al finalizar los exámenes.

—Menos mal que mi madre tiene vetada la entrada. Mi abuela se lo ha prohibido hasta que esté limpia, algo imposible para ella, claro, con lo que será una fantasía no tener que aguantar sus miserias, ni soportar a sus amigos de mierda. Es una asquerosa adicta, te lo juro.

—Cómo te pasas... —señalé, amortiguando una risa incómoda, sin lograr acostumbrarme a sus corrosivos comentarios familiares. Su drama era de otra dimensión—. Pero tienes razón. ¿Y luego?

—A principios de agosto, me iré a Formentera con mi padre. Ya sabes que vive allí con su nueva novia: una ucraniana que, mira por donde, tiene nuestra edad.

Torcí el gesto con repugnancia.

—¿En serio?

—Sí, joder, como lo oyes. De todas formas, no tendré que aguantar demasiado su vomitivo romance porque, en cuanto os instaléis, me mudo a vuestra casa.

—Por descontado. Tú te vienes con nosotros —afirmé sulfurada.

Siempre que Diana hablaba de sus padres, me entraba una especie de impotencia rabiosa.

—Bueno, ¿y tú, al final, qué? ¿Trabajarás como otros años en Peratallada?

—Sí, en la hípica que está cerca de la casa de mis abuelos. Como ves, la vida rural me llama. Entre estiércol y sudor de caballos, me ganaré unos dineritos; aunque el resto del tiempo estaré muy sola —me lamenté—. Menos mal que tenemos el plan de Formentera porque si no, me tiro de los pelos.

—¿Y por qué no te vienes a Santander? —propuso de pronto—. No se me había ocurrido antes, pero mi prima Paula se va a Costa Rica y, hasta mediados de julio, hay una cama libre.

Abrí los ojos, excitada.

—La verdad es que me gustaría —soñé—. Podría ir la última semana de junio, porque el uno de julio empiezo a trabajar. Además, con lo de Formentera, no puedo gastar dinero.

—¡De qué gasto hablas! ¡Si estarás en casa de mi abuela! Lo único que tendrás que pagar es el viaje. Total, ni siquiera bebes cuando sales.

Me reí. Era cierto que una copa me duraba toda la noche.

—Vale. Lo hablaré con mis padres; no creo que haya problema.

—Dalo por hecho. Y si no, convenceré a tu madre.

Batí las palmas entusiasmada.

—Bueno, y lo de Formentera...

—Todo está en marcha —me cortó—. A ver, la casa es pequeña, pero la cala es brutal. Ya la tenemos reservada y la semana que viene habrá que dar la paga y señal. Hablando de eso —dijo, señalándome con el dedo—, compra el vuelo y el *ferry* rápido, porque a partir del veinte de mayo el tema está jodido.

Tras imaginar mil y una actividades en la isla, bajamos a casa para seguir estudiando. Claudia, Albert y Alex, se pasaron hacia las cinco de la tarde y nos atrincheramos en la mesa del salón. Marco fue el único que no se presentó.

Alex trajo algunos exámenes de años anteriores para repasarlos juntos. De todo nuestro grupo, él era el más maduro y confiable. Al comienzo de este curso había roto con su novia, con quien llevaba siglos saliendo y, después de eso, se volvió casi hermético con su vida personal. Nunca nos explicó el motivo y yo no me atreví a preguntárselo, sin embargo, esperaba que algún día nos lo acabara contando.

A partir de ahí, Claudia dio muestras de estar interesada en él. En realidad, ella y yo no éramos muy amigas, se llevaba mejor con Diana; de hecho, la acaparaba con frecuencia, dejándome de lado. Esa actitud me molestaba muchísimo, aunque desde la ruptura de Alex habíamos establecido una especie de *status quo* en el que yo no me acercaba demasiado a él y ella lo mismo con Diana.

Albert, en cambio, era un espíritu libre; formaba parte de varios grupos y nosotros éramos uno más entre ellos. Solía apuntarse a nuestras prácticas y también a los planes que le encajaban. Era extrovertido y de trato divertido; muy payaso. Con él, el estudio resultaba menos serio y tanto Diana como Claudia agradecían que alguien frenara de vez en cuando la competitividad que se establecía entre Marco, Alex y yo.

Pasamos la tarde haciendo exámenes y corrigiéndolos. Por la noche, pedimos pizzas para cenar y a eso de las once, cuando llegaron mis padres, dimos por terminada la sesión de estudio.

Las siguientes semanas se convirtieron en agotadoras, no solo porque los exámenes prometían ser difíciles, sino porque la facultad tenía que hacer obras y les dieron por adelantarlos diez días, coincidiendo con una ola de calor que alcanzó temperaturas superiores a las registradas en los dos últimos siglos. Menos mal que existen los aires acondicionados, de lo contrario, habría sido imposible rendir con ese calor.

Lo positivo fue que la situación nos ayudó a contener las distracciones externas. Diana, por ejemplo, trabajó concentrada como nunca. Dormimos y salimos poco, estudiamos un montón, presentamos trabajos y finalmente terminamos los exámenes. La temperatura preveraniega se normalizó y esperamos con paciencia los resultados.

Cuando subieron las calificaciones, todos habíamos aprobado. ¡Yo, incluso con nota! Conservaría la beca otro año más. Me sentía feliz porque, además, me iba a Santander y, después, a Formentera. Era el primer verano a mi aire; un dulce y cálido estío lleno de planes. ¡Y soñaba con empezarlo cuanto antes! Pero la misma noche que fuimos a celebrarlo, las cosas tomaron un rumbo inesperado y todo acabó de la peor forma.

Capítulo III



Arena

Me desperté alterada por una música infernal. «¿Dónde estoy?», me pregunté desorientada. «Ah, sí, en Viladrau». Me dolía horrores la cabeza y sentía que había pasado la noche agitada entre sueños desagradables y sórdidos. Me tapé hasta arriba con la sábana, pensando en quitarme la vida después de estrangular a mi hermana por poner la música a ese volumen. Cambié de posición y me clavé la férula del brazo en las costillas. ¡Dios! ¡Estaba hecha un asco!

La verdad es que mis últimos días habían sido un verdadero suplicio. Yo sabía lo que era estar enferma, pero esto era distinto, ahora sentía un dolor físico constante.

Existía una causa concreta; un accidente de tráfico que, a juzgar por el estado destrozado de la motocicleta, había sido bastante aparatoso. Por suerte, podía dar las gracias al cielo de seguir viva. Las heridas, al fin y al cabo, no eran graves y mi corazón, que era lo importante, estaba a salvo.

Mi recuperación era cuestión de paciencia; algo que, por desgracia, ya no tenía. La había perdido tratando de abrocharme el sujetador, hacerme una coleta o atarme los cordones de las bambas con el brazo roto. Así pues, mis días en Viladrau transcurrían lentos, dilatados, repetitivos, viviendo un eterno día de la Marmota, siempre de un sillón a otro, sin manera de encontrar una dichosa postura cómoda a causa de las lesiones.

¿Y de quién era la culpa? Mis pensamientos se dirigieron como el rayo al sinvergüenza de Marco. Solo deseaba tenerlo delante para desquitarme a gusto. Cada dolor en mi cuerpo, cada noche en vela, cada pastilla que me tomaba, me llevaban inevitablemente a despotricar contra él. No es que ese

chico me hubiese importado mucho antes del accidente, pero después casi lo aborrecía.

Cuando lo conocí era el alumno más llamativo del curso: alto, guapo, sociable y con el cuerpo de un deportista. ¿Quién no se fijaría en alguien así en una facultad llena de raritos? Tenía el pelo negro y lacio, que le caía sobre sus grandes ojos oscuros.

Me había sentido cautivada por él desde el primer momento. Levantó el brazo para responder a la pregunta del profesor y quedé deslumbrada por sus atractivas facciones y esa piel bronceada, contrastando con la camisa blanca que llevaba puesta. Después de eso, no pude evitar seguirlo con la mirada, pendiente de donde estaba y de lo que hacía a cada momento.

Diana me puso en antecedentes porque sus familias se conocían. La madre era de Sorrento y había heredado de ella sus rasgos clásicos, el buen vestir y ese aire de «soy guapo y me gusta» propio de los italianos. Del padre había aprendido a moverse con la superioridad de saberse muy pudiente y la seguridad de que, con dinero, se puede comprar casi todo.

Mi secreto encandilamiento duro poco y nunca se lo conté a nadie, ni siquiera a Diana. Y menos mal porque, no mucho después, lo vi acaramelado con una chica en la cafetería de la facultad y, solo dos días más tarde, besándose con otra en uno de los pasillos que conducían a la zona de profesores. Verlo metido en todo ese ajetreo, me desinfló rápido y lo descarté sin más.

A partir de segundo, nos organizaron en equipos de trabajo. El archipopular Marco llegó tarde y el profesor lo metió en nuestro grupo porque solo éramos cinco: Diana, Claudia, Alex, Albert y yo. Por suerte, nos adaptamos bien los unos a los otros ya que, excepto Diana, todos éramos bastante aplicados, incluso el italiano que, para otras cosas, parecía ser unineuronal.

La madre de Marco era una distinguida marchante de arte, dueña de una reputada galería de Barcelona. Él soñaba con ser cazatesoros, viajar a lugares exóticos en busca de reliquias, y forrarse todavía más con la venta de sus hallazgos a través de los contactos de su madre. La procedencia no tenía que ser necesariamente legal. No era una suposición mía, lo proclamaba de forma abierta, lo que ponía de relieve su suprema inteligencia. Y el asunto no terminaba allí: en su absurdo delirio, quería implicarnos. Yo tuve el honor de ser escogida como secretaria adjunta. ¿La razón? Nunca lo supe con seguridad, pero rogué a Dios que no hubiera sido consciente de mis miraditas

iniciales y fantaseara con manejarme a su antojo. Según sus cálculos, su planteamiento era que yo estudiaría, investigaría y localizaría los yacimientos, además de coordinar y ejecutar las tareas administrativas, mientras que él lideraría el trabajo de campo. Lo que en mi idioma significaba: tú te ocupas de todo y yo me divierto.

Se volvió muy pesado con eso. No paró con la matraca hasta bien entrado el curso. Por aquella época, ya salíamos todos juntos más allá de los trabajos de clase. Un buen día, empezó a tirarme los trastos, medio en broma, medio en serio, y continuó con la tontería hasta hacerse insoportable. Para mi desgracia, al creerse irresistible, era totalmente inmune al rechazo.

Mentiría si dijera que no me divertí repudiándolo. Le prestaba la misma atención que al mocho de mi lavadero y eso lo tenía desesperado. No concebía que no me diese cuenta de su tremendo atractivo, y quería persuadirme de ello a base de llamar mi atención una y otra vez. Pero el resultado de sus esfuerzos era totalmente inútil porque había algo de lo que yo estaba segura: ceder a sus pretensiones y que automáticamente me intercambiara por otro capricho con el que distraerse, estaba más que cantado. Lo había visto en acción y no pensaba formar parte del reguero de cadáveres que iba dejando tirados por la facultad.

A colación de eso, cuando se lo comenté a mi hermana, me preguntó si me convenía ser tan exigente a la hora de rechazar propuestas. No es que me llovieran precisamente, sin mencionar la ausencia de amoríos en mi triste historial. En realidad, no había surgido la posibilidad de vivir un idilio en una etapa donde primaba sobrevivir al trasplante y afrontar nuestro drama familiar. Debido a eso, Mar consideraba una idiotez desaprovechar la oportunidad que Marco me ofrecía de estrenarme en el terreno sentimental. «Está bueno, Arena, y no hace falta que sea un romance a lo Romeo y Julieta», decía como si fuese obvio, «basta con que te pegue un meneo y te haga una puesta a punto».

Meneo y puesta a punto. La superficialidad con la que mi hermana trataba el tema me horrorizaba bastante. Aunque no tenía una idea preconcebida sobre las relaciones sentimentales, parecía lógico pensar que estas debían incluir algo más que una formación rápida y práctica de sexo. Además, con el currículum de Marco, la cuestión de si era o no buena idea liarme con él no podía tomarse en serio a esas alturas.

Vamos a ver, ¿por qué estaba pensando en eso? Al margen de mis profundas cavilaciones, la música seguía retumbando a todo volumen.

Desesperada, me levanté de la cama y me dirigí a la habitación de mi hermana con la agilidad de una morsa. Apagué la música de un manotazo, más indignada todavía, al descubrir que ni siquiera estaba allí escuchándola.

Volví tambaleándome a mi cuarto, abrí las contraventanas de la terraza y, con el cuerpo dolorido, me dejé caer de nuevo sobre el colchón. Las costras de mis rodillas se habían abierto al moverme y me deprimí aún más.

Eso provocó que se me fueran las ganas de desayunar, por lo que abrí el libro que estaba leyendo para lanzarlo, minutos después, al final de la cama debido a la jaqueca.

Miré con desgana a mi alrededor. El solete que entraba a través de los ventanales no conseguía ponerme de mejor humor. Tampoco mi comfortable habitación de techos altos con sus vigas de madera, decorada con el encanto de un acogedor hotelito campestre. Tenía cuarto de baño independiente y chimenea, aunque esta era un elemento decorativo más que otra cosa. Nunca se encendía porque utilizábamos calefacción de gas, pero, indudablemente, realzaba el estilo cálido y provenzal de la estancia, incluso sin tener prendido un fuego acogedor.

La casa, una masía familiar que databa del siglo XVII, había sido rehabilitada hacía muchos años por el estudio de arquitectura y diseño en el que trabajaba mi madre en su juventud, manteniendo casi todos los detalles arquitectónicos originales. Estaba situada junto a un precioso bosque de castaños, en el término municipal de Viladrau, dentro del parque natural del Montseny, a poco más de una hora de Barcelona, en la provincia de Girona. El abuelo de mi tatarabuelo la construyó con el objetivo de vivir de la explotación agraria de tipo tradicional y autosuficiente, y había pasado de generación en generación hasta llegar a mi padre.

En tiempos de mi abuelo, ya no se labraban las tierras. Este había sido el primer universitario de la familia, demasiado urbano para vivir en el campo. Se trasladó a Barcelona y se ganó la vida como abogado. Nunca quiso desprenderse de la masía porque tenía valor sentimental para él. Después de estudiar varias posibilidades de negocio, contrataron a mi madre que la restauró y transformó en un alojamiento de turismo rural.

Mi abuelo cambió los campos de labranza por prados de césped y convirtió la masía en un lugar de ensueño para los amantes de la naturaleza. Se alquiló durante años a turistas entusiasmados con el ambiente bucólico del Montseny, hasta que mi padre la heredó a su muerte y cerró el negocio definitivamente. Para entonces, ya se había casado con mi madre y nacido

nosotras. Hemos pasado tantos veranos aquí, que me conozco la zona como la palma de mi mano: ermitas, picos, cuevas, lagos, torrentes, ruinas..., y las mejores panorámicas del macizo. Pero ahora estaba demasiado irritada para disfrutar del entorno.

Con la mirada fija en el techo, descubrí una pequeña araña y la seguí aterrada con los ojos. Las odio y me horripila perderlas de vista e imaginármelas después, agazapadas entre las sábanas o en mi pelo. Con más paciencia que un santo, contemplé sus idas y venidas hasta que localicé su pequeño escondite en una esquina de la habitación. Si hubiese estado en mejores condiciones, habría ido a por el aspirador y acabado con ella, pero me dolía demasiado la cabeza para intentarlo.

¿Cuánto tiempo iban a durar esas jaquecas? ¿Me dejarían mis padres ir a Formentera? Encima, había tenido que renunciar al trabajo en la hípica. ¿Qué había hecho yo para tener mi vida retorcida en todos los aspectos posibles? ¿Qué final tan injusto para un año de estudio intenso y dedicado! ¡Yo quería mi flamante verano todo enterito y no aquel sucedáneo de última hora!

Y es que nunca sabes qué va a pasarte en la vida. Una vez leí en alguna parte, que la noche del veintitrés de junio, las estrellas, la naturaleza y el hombre se disponen a celebrar una gran fiesta que es tan antigua como la misma humanidad. La víspera de San Juan, que abre el inicio del solsticio de verano, está cargada del poder de la energía cósmica, favoreciendo los cambios y la renovación. No es que yo creyese mucho en esas cosas, pero a mí esa noche, mágica o no, cambió mi vida por completo, dándole otro giro de ciento ochenta grados.

¿Qué es lo que pasó? Planeamos celebrar el fin de curso a todo trapo. Después de esa noche empezaríamos las vacaciones de verano, cada cual por su lado, hasta reencontrarnos otra vez en Formentera el doce de agosto.

Como siempre, mi amiga del alma decidió dónde cenaríamos. Tendría que haber sido algo sencillo, sin ninguna pretensión, sin embargo, se empeñó en llevarnos a un conocido restaurante japonés para celebrar que todos habíamos aprobado el curso. Me dejé media paga en la cuenta, pero cenamos de muerte. Después de eso, recorrimos la típica ruta de bares, encontrándonos con algunos compañeros de la facultad que también festejaban el inicio del verano. Terminamos en un tugurio musical al que acudía, sobre todo, la gente de nuestra edad.

Marco estuvo gran parte de la noche flirteando conmigo, como si yo fuese ese rollo pendiente que uno quiere abordar antes de irse de vacaciones. Tras dos copas, se puso tan pesado, que me costó sacármelo de encima. No le habría dado mayor importancia de no ser porque Diana, viendo lo que ocurría, me confesó en el aseo del bar, que dos meses atrás se había liado con él y no me había dicho nada porque sabía que no me gustaría. Me quedé de piedra y comprendí, un poco tarde, el porqué de aquel «discursito» que me había soltado semanas antes. Efectivamente, no me hizo gracia, no me gustaba Marco ni para ella ni para nadie que yo apreciase, y confiaba en que solo fuese un flechazo temporal, como los que ya había tenido en otras ocasiones.

De cualquier manera, su inesperada revelación me obligó a cambiar el comportamiento de un minuto a otro. Para empezar, la tontería se había acabado y, si bien me esmeré en ignorarlo, resultó difícil evitar el asedio con tan poco margen de tiempo. Por su parte, Diana redobló sus esfuerzos por hacerse notar y, a pesar de ello, por una vez en su vida, el italiano no estuvo por la labor.

Al salir del bar musical, la noche nos recibió con un ambiente fresco y respirable. Estábamos cansados, aunque alegres por ser la última noche que pasábamos juntos. Se añadieron algunos compañeros de la universidad con los que habíamos coincidido en el local y empezamos a cruzar conversaciones en pequeños grupitos.

Veinte minutos después, Alex bostezó.

—Me voy —anunció—. Mañana trabajo.

Claudia se sumó también y el resto nos miramos indecisos.

—Yo no tengo sueño —intervino Marco lanzándome un guiño—. Podríamos comprar algo de desayuno y tomarlo en la playa.

Vi el percal y decliné la oferta.

—Quizá otro día. Estoy cansada.

Sonrió, pero no logró ocultar una ligera mueca de fastidio

—Yo me apunto —agregó Diana, sonriente.

—Yo no —dijo Albert sacudiendo su pelo rizado—. Ahora mismo, pensar en comer me da náuseas.

—Vaya *quórum* —se lamentó el italiano—. Si es así, lo dejamos, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Pues, muy bien —soltó Diana mosqueada—. ¡Vete al cuerno!

Dio media vuelta y se fue a hablar con otros conocidos. Marco, me pasó el brazo por los hombros y me apartó un poco.

—Ya tengo claro por qué me ignoras. —Lanzó una mirada furtiva a Diana, volviendo rápidamente a mis ojos. Sonrió al advertir mi gesto de sorpresa—. No pasa nada, son cosas que pasan —añadió—. No me malinterpretes, Diana es muy guapa y tiene un buen polvo, pero a mí me van las morenas pequeñitas con pecas en la nariz.

Me quedé totalmente impactada y luego asqueada, incapaz de disimular mi repulsión. Marco se lo tomó deportivamente.

—¡Trata de no parecer tan emocionada, por favor! —exclamó, riéndose de forma exagerada.

—Disculpa, es que no consigo procesar lo que has dicho.

—¿Ah, no?

—Tú sabes que Diana es mi mejor amiga, ¿verdad?

—Claro.

—¿Y sigues tirándome los trastos delante de ella?

Soltó una breve carcajada y me miró a los ojos.

—¿Hay algún problema?

Lo miré incrédula.

—Déjalo. Debes de estar muy borracho.

—¡Qué va! Llevo encima un par de cervezas solamente.

—Pues, entonces, eres masoquista.

Se partió de la risa y yo no le encontraba la gracia por ninguna parte.

—¡Me encanta tu humor! Pero atiende: aunque esta noche te hagas la dura, te garantizo que antes o después acabarás rindiéndote —pronosticó con una confianza espeluznante—. Y..., lo sabes.

Dijo esa última frase de forma cómica.

—¡Eres tan idiota...! —exclamé, mirando a Diana de reojo.

Dio un paso hacia atrás y se llevó las manos al pecho, fingiendo dramáticamente que le había roto el corazón. Desvié la mirada procurando disimular la vergüenza ajena que sentía.

—¡Ay! Eres muy cruel conmigo.

Negué con la cabeza.

—¡Y tú, penoso!

—A ver que me aclare, ¿Soy idiota o penoso?

—¡Las dos cosas!

Se echó a reír y me despeinó el pelo.

—¿A que ahora me quieres un poco más?

—Sigo igual de fría que antes —aseguré.

—Espera, déjame derretir tu corazón con mi ardor italiano.

Se acercó y me abrazó como un oso.

—Será mejor que me sueltes.

—Eres muy tozuda —me susurró al oído—, pero terminarás cediendo y me darás la razón.

Hice fuerza y me deshice de su abrazo.

—Yo no lo tendría tan claro.

Acto seguido, me escabullí para despedirme de otros compañeros de clase que estaban cerca. Tras los abrazos y besos, se fue desintegrando la mayor parte del grupo. Alex se ofreció a acompañar a casa a los que cupiesen en su coche. Enseguida levantamos las manos.

—Todos no puede ser; sobra uno.

Marco se acercó a mí.

—Te llevo yo.

—No, por favor —murmuré exasperada.

Él permaneció impertérrito, ofreciéndome el casco de copiloto. Miré a Diana pidiéndole socorro con los ojos y esta se acercó a mí.

—Nos vemos mañana. Y no dejes que ese cerdo te meta mano —susurró, plantándome un beso en la cara.

Saludó a Marco con la cabeza y se alejó con los demás. Cuando les vi doblar la esquina, chasquéé la lengua sintiéndome fatal. Me volví hacia él con una mirada venenosa, pero en su rostro solo se dibujó una sonrisa triunfal.

Señalé furiosa mi camiseta negra y él leyó la frase impresa en ella: *I'm not your princess*, que me había puesto aposta para él.

Puso los ojos en blanco y se colocó el casco.

—¿Nos vamos a dar una vuelta, princesa?

—No, gracias, prefiero ir a casa.

Estuvo insistiendo un buen rato para salirse con la suya, aunque no me dejé convencer. Y no recuerdo con claridad lo que sucedió después, únicamente conservo algunos fragmentos. Los médicos dijeron que se debía a la conmoción. El caso es que desperté la tarde siguiente en el hospital. Me explicaron que habíamos tenido un accidente con la moto. Marco se había hecho profundos rasguños y serias quemaduras en piernas y brazos. Yo no tuve tanta suerte.

En días posteriores, empezó a insinuarse un vago e impreciso recuerdo. Me veía en el suelo, preocupada por lo que había pasado. Un chico desconocido, con voz grave y acento extranjero, estaba conmigo. Desprendía un aroma delicioso; un perfume evocador que me trasladaba a algún momento difuso del pasado. Ese chico me reconfortó, me tomó la mano y dejé de sentir miedo. Los buenos samaritanos son lo mejor, de eso no cabe duda. Fue un ángel para mí, alguien anónimo y desinteresado que se molestó en atenderme por pura bondad.

Por si fuera poco, se montó un revuelo tremendo con lo del accidente y bastantes estudiantes de mi clase se pasaron por el hospital para visitarnos. Jamás pensé que pudiese ser tan agotador sonreír continuamente y simular estar bien.

Estuve una semana ingresada para controlar el golpe de la cabeza. Con tanto ajeteo de gente, no conseguí descansar lo necesario. Los médicos creyeron oportuno darme el alta y aconsejaron a mis padres que limitara las visitas, por lo que en lugar de quedarnos en Barcelona nos fuimos directamente a Viladrau.

No pude despedirme de mis amigos y también fue una desilusión que el chico amable, el ángel que estuvo conmigo en el lugar del accidente, no se presentara en el hospital. Me habría gustado agradecerle el gesto. Mis padres estaban al corriente, pues, cuando lo recordé, pregunté cada día por él. De hecho, lo hice con tal insistencia, que no tuvieron más remedio que ir a informarse. En el atestado policial no figuraba ningún testigo extranjero y, entre todos los detalles del siniestro, las declaraciones ponían de manifiesto que la asistencia llegó rápida y que yo había permanecido claramente inconsciente. Pero no estuve desmayada todo el tiempo, de eso estaba segura. El médico acabó explicándome que, a veces, la mente fabrica recuerdos como mecanismo de autoprotección. Al parecer, si no lo soñé, lo imaginé, aunque yo tenía la absoluta certeza de que alguien estuvo a mi lado mientras llegaba la ambulancia.

Y así, de forma abrupta y desagradable, iniciaba mi fatídico verano. Ahora Diana se había ido a Santander con su abuela; Albert estaba en Sitges, Claudia en Calafell, Alex trabajando en una portería a tiempo completo y, de Marco..., de Marco no sabía nada desde que dejó el hospital con la promesa de llamarme y venir a visitarme. No obstante, lo había visto en algunas fotos subidas a sus redes sociales, muy entretenido, en Cadaqués.

Con ese panorama, pasaba las horas dolorida y aburrida en Viladrau, y, lo que era peor, atormentada por infinidad de preguntas trascendentales que habían empezado a brotar desde el accidente: ¿Por qué me pasaban estas cosas? ¿De verdad había estado a punto de matarme después de superar un trasplante de corazón? ¿Qué enseñanza debía sacar del accidente? ¿Por qué le ocurrían cosas horribles a mi familia? ¿Por qué mis padres no podían vivir tranquilos con sus hijas? ¿Cuál era el sentido de sus vidas, de la mía, de la de Sol? ¿Existía un propósito para cada uno de nosotros? ¿Un destino? ¿Cuál era el mío?

No tardaría en descubrir que mi futuro estaba ligado a una vida que jamás habría concebido mi pensamiento.

Capítulo IV



Kaliel

Malhumorado, llamé a Lóriel con los ojos cerrados. La comunicación telepática resultaba menos insoportable que el bullicioso y molesto parloteo de los seres humanos. Esperé unos instantes y repetí el reclamo. Tras varios días sin noticias, no se me ocurría una sola razón por la que mi superior me ignorara de esa forma.

—¿Qué ocurre, Kaliel? —oí alto y claro en mi mente.

—Tengo localizado a Váliel —anuncié secamente.

—¿Váliel? ¡Demonios, explícate!

Inspiré hondo para evitar reprocharle de malas formas el haberme desatendido tantos días, e instarme ahora a relatarlo todo con prisas.

—Tras varios meses siguiendo pistas, por fin tengo pruebas de su presencia y actividades en la ciudad de Barcelona —respondí.

—¿Estás seguro?

—Desde luego. Estuve a menos de diez metros de él.

Le oí respirar profundamente.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—En el casco antiguo de la ciudad.

—¿Has podido averiguar qué está tramando?

—Si mis informaciones son correctas, preparando su próxima manifestación pública.

—¿El Evento del Milenio?

—En efecto.

—¿En Barcelona? —inquirió sorprendido.

—En la sagrada montaña de Montserrat —indiqué—. Es un enclave coherente.

—Sin duda —convino pensativo—. Eso encaja.

Se produjo otro silencio más prolongado que el anterior y me impacienté.

—Llevo casi una semana tratando de contactar contigo —intervine—. ¿Pretendías volverme loco de ansiedad?

—Acabo de regresar de Edén y no he percibido tu llamada hasta ahora. ¿Debo recordarte que llevamos meses sin hablarnos?

—No sabía que estuvieses allí —mascullé sorprendido. Al momento, mis hombros se relajaron.

—Fui convocado por el Consejo; aunque, como tu superior, no veo necesario tener que informarte de mis desplazamientos.

—Por supuesto. Acepta mis disculpas; únicamente estoy inquieto y preocupado. —Me apoyé en la pared de un edificio y procuré moderar el tono—. Bien, ya que estás aquí, permíteme explicar lo que tengo pensado hacer...

—No, Kaliel —me interrumpió—, no harás ningún movimiento sin antes consultarlo. El Consejo estaba muy inquieto esperando recibir noticias del Evento del Milenio. Actuaremos cuando recibamos órdenes.

—¡No hablarás en serio! —exclamé, incorporándome abruptamente.

—Te aseguro que sí. Podríamos dar un golpe certero en Montserrat si lo preparamos con acierto. No solo eliminaríamos a Váliel y a sus colaboradores, también arrasaríamos con lo más corrupto de la élite humana.

—¡Pero Lóriel! —protesté.

—En esta nueva oportunidad hay demasiados intereses en juego. No sería sabio, ni juicioso, precipitarse. Si demostramos que Váliel no es el dios que ellos creen, todo el sistema caerá como un castillo de naipes.

—¡No! —refuté alterado—. Si esperamos...

—Lo lamento, Kaliel —atajó sin escucharme—. Tengo que regresar de inmediato a Edén y poner en conocimiento del Consejo este descubrimiento. A ellos corresponde decidir la estrategia y el momento preciso en el que llevar a cabo el ataque. No te garantizo una respuesta concreta antes de siete lunas.

—¡¿Siete lunas?! ¡No podemos esperar tanto!

—Debes mantener la calma, Alas de Acero.

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo? ¡Esto va a convertirse en un grave despropósito! Cuanto antes nos movamos, más posibilidades

tendremos de cogerlo desprevenido —manifesté con vehemencia—. Escúchame, Lóriel, acabemos con él primero, y ya veremos cómo abatir al resto. No hace falta que te exponga el alcance del desastre que puede extenderse en el planeta si no lo detenemos.

—No, no hace falta.

—¡Vamos, Lóriel! —insistí—. ¡Estamos al límite de tiempo!

—Comparto tu ansiedad, querido primo, mas debemos ser prudentes y estratégicos. Pronto me reuniré contigo.

—¡Espera! ¡Por los hielos de Edén! ¡Puedo encargarme de él! ¡Envíame al equipo!

—Denegado.

Sentí mis entrañas retorcerse de impotencia.

—¿Pretendes que aguarde sin hacer nada? —cuestioné con sarcasmo—. Cuando tengáis decidida la estrategia, Váliel se habrá esfumado. No comparto esta decisión, ni deseo perder más oportunidades.

—Te aconsejo que controles tu impaciencia; no podemos arriesgarnos a perderte. Te enfrentarás al enemigo con un plan táctico y un equipo de seguridad apoyándote.

—Puedo hacerlo solo —persistí obcecado.

—La valentía que demuestras es admirable, aun así, no podemos permitir que nada te suceda. Ya sabes lo que representas para nuestro pueblo.

—¡Tonterías! Hace milenios que dejé claro al Consejo que renunciaba a ese privilegio. ¿Por qué diablos no te ofreces tú? —inquirí indignado—. Sin duda, estás más capacitado y dispuesto que yo.

—Ya lo hice cuando tú renunciaste —admitió—, pero te quieren a ti. Tú eres el de las alas plateadas, no yo.

—¡Me dan igual sus estúpidas tradiciones! ¿Acaso no nací libre? —Reí con amargura—. Estás equivocado si crees que voy a dejar que Váliel desaparezca otra vez como si fuera un espejismo. Si bien conozco el riesgo que entraña enfrentarme solo, la urgencia y el deseo de concluir esta detestable misión me empujan a hacerlo.

—¡No desobedezcas mis órdenes, Alas de Acero! ¡Te lo advierto!

—Me pides demasiado, primo; existe un límite para todo. ¿No has pensado que quizá merezco recuperar mi vida? ¡Han pasado catorce mil años, Lóriel, catorce mil! Te aseguro que voy a acabar esta encomienda, con tu permiso o sin él, y luego volveré a casa.

—Cuidado —siseó amenazador—. Aunque sea pariente tuyo y el más leal de los amigos, por encima de todo, soy tu superior. Obedece mi orden o enviaré a un centenar de soldados a detenerte.

—¿Por qué? ¡No lo hagas!

—Créeme que lo haré —me previno—. Un ejército, a menos de un kilómetro de Váliel, lo alertará. Algo así prolongaría la misión varios años, tal vez incluso siglos... Y bien: ¿sigues pensando en ir a por él tú solo?

Apreté los puños con ira.

—¡No me has dejado elección! —le reproché consternado.

—Así es. Te repito que no podemos perderte. Si actúas por tu cuenta ahuyentaré al objetivo.

Furioso, di un golpe a una señal de tráfico y mi energía la dobló. Varios humanos, que pasaban cerca en ese momento, agacharon sus cabezas al verla torcerse sola y huyeron corriendo.

—¡Tú ganas! —proferí con rabia. Si la amenaza era cierta echaría a perder cualquier acción que realizara.

Lo oí suspirar. Lóriel odiaba discutir conmigo y tener que imponerse. En el fondo se sentía tan frustrado como yo. Ambos llevábamos demasiado tiempo involucrados en esta lucha y entendía perfectamente mi desolación, pero en su afán por ayudarme, solamente me atormentaba.

—¡Oh, Kaliel! De sobra conozco tu dolor y soledad. Sabes que estoy de tu parte, te ruego que soportes esta carga un poco más.

—Estoy harto —confesé—. Necesito acabar con esto y volver a Edén.

—Lo sé, y el momento que tanto anhelas se aproxima. Hasta entonces, apacigua tu enojo y haz lo que te he dicho. Es una orden.

Encajé los dientes para sofocar la cólera que me consumía. Estaba cansado de muchas cosas, pero, sobre todo, de las malditas órdenes de Lóriel.

—Recibido.

—Debo cortar —concluyó—. Nos veremos en siete lunas.

Me reí con ironía.

—Estaré esperando.

—Dame las coordenadas.

—41°23'00.5"N 2°10'30.5"E.

—Recibido. Llegaré tras el ocaso. Y recuerda, Kaliel: nada de sorpresas.

Indignado por una situación que se prolongaba en el tiempo como una maldición, vagué por las calles sin rumbo fijo. Llevaba meses sin contactar

con el mando y, siempre que lo hacía, significaba que estaba próximo un nuevo enfrentamiento.

Pensé en ello y sentí repugnancia. Había sostenido demasiadas luchas para llevar la cuenta exacta. Por fortuna, los tiempos en que peleábamos a millares habían quedado atrás. Ahora se trataba de sofocar escaramuzas aisladas, combates que no superaban la cincuentena.

Volé hacia el alerón de un edificio. Me propuse desechar cualquier pensamiento que tuviese que ver con Váliel y matar el tiempo hasta que pasaran aquellas siete endiabladas noches. Mas, resultaba difícil no pensar en él. Un nudo amargo apretó mi garganta al evocar su rostro. Yo había amado a Váliel tanto como a mí mismo.

Dejé que la emoción me embargara y comprendí, en ese instante, que extrañaba más que nunca esa época lejana, cuando el ser humano no era más que una leyenda y, nosotros, los reyes de la creación. Recuerdos felices, aunque fugaces, cruzaron mi memoria y me deleité en ellos olvidando por un momento mi misión en esta tierra hermosa, pero hostil.

Me pareció oír la voz juvenil de Váliel saliendo a mi encuentro:

—¡Kaliel! ¿Te has enterado? ¡Lo han conseguido! La barrera espacio-temporal está controlada. Han abierto el otro extremo del vórtice y el canal se mantiene intacto. ¡Podremos viajar al pasado y mejorar nuestro mundo!

Váliel andaba de un lado a otro sin poder contener la emoción.

—Es la gran oportunidad... ¡Y a los audaces, la fortuna favorece! —exclamó exaltado—. Me personaré voluntario, superaré las pruebas que me impongan, haré lo que haga falta con tal de salir de esta cárcel de hielo. Te juro que, si me escogen, alcanzaré la gloria y se la brindaré a Edén.

—Parece un sueño hecho realidad —admití, contagiado de su entusiasmo.

—¡Oh, Kaliel! ¡Ojalá pudieses enrolarte tú también! ¡Imagínalo! Nos bañaríamos en los cálidos mares del sur, pisaríamos las tórridas arenas del desierto, volaríamos sobre hermosas selvas tropicales. ¡No puedes perdértelo! ¡Deseo tanto vivir esa experiencia! ¡Y contigo más que nadie! ¿Piensas igual? ¿Puedo persuadirte para que luches por ello? ¿Lo harás por mí?

Sus ojos brillaban con el fulgor de mil estrellas y, por un momento, me dejé llevar por la ilusión. Salir de la sofocante y acristalada Edén, abandonar los hielos eternos de nuestra tierra, viajar al pasado y ver el planeta en su estado más vital, conocer su verdadera orografía, ser testigos

de nuestros orígenes y adquirir valiosísimos conocimientos. Sin poder imaginarlo, se presentaban ante mí todos los sueños que hasta ahora no me había permitido concebir.

La noticia de un portal espacio-temporal fiable fue celebrada con intenso alborozo en Edén. El monarca dio consentimiento al proyecto que el Consejo de Sabios había gestado durante largo tiempo. Científicos, biólogos, historiadores, antropólogos, psicólogos, sanadores..., todos ellos trabajando unidos en la puesta en marcha del plan más descabellado y revolucionario del universo: modificar el pasado para beneficiar nuestro presente; devolver a nuestra Tierra, su condición de madre Naturaleza.

Por fin, los esfuerzos de una civilización estrangulada por los hielos y asfixiada por la falta de espacio podrían verse recompensados. Viajaríamos al pasado y corregiríamos los desastres perpetrados por nuestros antepasados, los humanos, nueve millones de años atrás. Efectuaríamos pequeños cambios en la mátrix, que en nuestro presente tendría resultados asombrosos como el de lograr una era glacial más suave, en la que grandes extensiones de tierra quedaran descubiertas de hielo ofreciéndonos mejores condiciones de vida. Con mayor espacio, podríamos volver a unirnos y procrear, extendiéndonos por el planeta.

Poco después, Váliel, junto a dos centenares de compañeros seleccionados, entró a formar parte del primer destacamento que viajaría en el tiempo, hasta aproximadamente unos catorce mil años previos a la extinción de los seres humanos de la faz del planeta; evento fatal que habíamos situado en los inicios del siglo XXI de su era, a través de los vestigios hallados.

Como principal heredero del linaje del Cisne se me prohibió participar en la expedición, a pesar de mis súplicas. Desde el día de mi nacimiento, mi destino había sido trazado por el color de mis alas que, al igual que mi padre, mi abuelo y demás ascendentes, eran de un gris plateado en lugar de blanco. Esa característica me retenía en Edén en contra de mis sueños.

Mientras fingía aceptar mi sino, los elegidos que viajarían al pasado se recluyeron en la Torre del Saber a estudiar sin descanso. En los sótanos de la misma, se hallaban almacenados miles de vestigios y restos de la existencia del ser humano que habíamos recuperado en nuestras excavaciones. En los niveles más profundos, dentro de una cámara sellada, se custodiaba el conocimiento más relevante de civilización humana encontrado hacía eones en la luna. Se trataba de numerosos discos de níquel

grabados con un vasto archivo de documentos acerca de su historia, culturas, naciones, idiomas, geografía, arte, literatura, conocimientos científicos e imágenes.

Cuando los humanos vieron comprometida la estabilidad de su civilización, incluso la del planeta, quisieron dejar constancia de su existencia en algún lugar seguro y, antes de la catástrofe, enviaron esa biblioteca de datos al satélite lunar. Dicha información fue esencial para el proyecto; permitió conocer a fondo la naturaleza del ser humano, sus costumbres a lo largo del tiempo y la amplitud y diversidad de su saber y logros.

Los elegidos para la «Gran Gesta» completaron su instrucción con esos y otros útiles hallazgos de gran valor: unas delicadas obleas de cristal de cuarzo grabadas con más conocimiento humano, encontradas en un búnker bajo los hielos.

Yo también me formé, pero lo hice de incógnito. Desafiando la restricción de mis progenitores fui instruido en secreto por un viejo amigo de mi padre, Árel, a petición mía. Como ciertos miembros del linaje del Cóndor era todo un visionario; poseía la capacidad de anticiparse al futuro, con su pensamiento estratégico y creativo, y era el ingeniero más reputado de Edén. Gracias a su estatus como director del sector tecnológico tenía completo acceso a la Torre. Me ayudó con el aprendizaje y el adiestramiento físico, habilitando para mí una sala apartada en los sótanos e introduciéndome diariamente por una zona restringida.

Durante décadas de durísimo esfuerzo estudié con tesón el material grabado en los discos y obleas, al tiempo que Árel me enseñaba a combatir en solitario, a desdeñar el dolor y el cansancio sin esperar la ayuda de nadie, manteniendo siempre la cabeza fría. Llegada la ocasión, me introduciría en la nave a modo de polizón confiando en que, una vez atravesado el vórtice, mi posición y rango permitirían integrarme en el equipo, cuando ya no fuese posible enviarme de vuelta.

Sin embargo, un día de infortunio, mi desobediencia fue descubierta y comunicada a la familia. Al instante, se me prohibió la entrada a la Torre y mi padre me castigó con severidad. Gracias a que Lóriél sentía por mí gran afecto, y ejercía una considerable influencia en nuestra casa, logró convencerlo de que la experiencia era necesaria para mi propósito final. Después de muchas y difíciles deliberaciones, mi progenitor levantó la restricción y me permitió incorporarme a la expedición.

Sin acabar de creérmelo, pude reunirme con los demás elegidos que me acogieron con una calurosa bienvenida, considerándome uno más entre ellos. Váliel estaba pletórico de alegría mientras que yo intentaba digerir con calma ese giro de acontecimientos.

Más adelante, descubrí que Árel había sido un instructor riguroso y diligente en su empeño. Cuando comparé mis habilidades y nociones con las del resto de mis pares, comprobé que la mayoría de ellos contaban con armas letales y dispositivos de almacenamiento de información o de traducción de idiomas, que el mismo Árel había diseñado. A mí, por el contrario, me había obligado a memorizar los discos uno por uno para no depender de instrumentos, además de entrenarme para, llegado el caso, combatir y vencer con mis propias manos a todo tipo de fieras salvajes, humanos primitivos y violentos, o algún edénico trastornado por la experiencia. Siempre había mostrado temor a que la energía electromagnética pudiera deteriorar el instrumental que portábamos al cruzar el vórtice, y no quería que mi seguridad se sustentase en ningún aparato. Para ello, me obligó a extraer todo el jugo a mi potencial. «Tú no eres como los demás, Kaliel, debes hacer honor a tu linaje y trabajar más duro que nadie. Descansarás cuando despegue la nave», aducía cuando yo mostraba debilidad o desaliento. Tenía la certeza de que le había prometido a mi padre que su heredero jamás correría peligro fuera de Edén y me instruía férreamente para cumplir esa promesa.

Por último, la dirección del proyecto realizó exhaustivas pruebas con el objetivo de dividirnos por especialidades. Cuando destaqué en el área de sanación, mi vocación natural, los seleccionadores me incorporaron al Cuerpo de Sanadores.

Ignorando esta decisión, el Consejo sugirió que aceptara el cargo de jefe del Cuerpo Diplomático, representando y velando los intereses de Edén en la Tierra del pasado; oportunidad que rechacé en varias ocasiones, recomendando vivamente a Váliel para ocupar ese puesto.

Los tiempos previos al viaje, repasamos a conciencia todo lo necesario para poder movernos con naturalidad por el pasado. Estábamos bien preparados y no podíamos fracasar; representábamos la esperanza de nuestro pueblo y todas sus aspiraciones de un futuro mejor habían sido depositadas en nosotros.

Varios millones de años nos separaban de los individuos con los que íbamos a interrelacionarnos: los antepasados. Seres con aspecto similar al

nuestro, pero con densidades y vibraciones distintas; poco evolucionados, primitivos, brutalizados; con mentalidad inmadura, destructiva y totalmente imprevisibles, sometidos a emociones y sumergidos en pasiones. Nosotros, los edénicos, los haríamos progresar injiriendo en su mundo de forma sutil y estratégica, sin ser descubiertos.

Tras infinidad de ensayos y verificaciones que garantizaban el destino, el tiempo y la seguridad del viaje, despegamos en la nave nodriza «Intemporal» con los heroicos sentimientos que brotaban de nuestras almas. Transportábamos material específico para las misiones y vestíamos uniformes diferenciados por cada área de trabajo. Surcamos el cielo como un rayo dirigiéndonos hacia el portal dimensional cuyo pliegue nos llevaría directos al pasado. El trayecto duró poco tiempo porque, en cuanto cruzamos el vórtice, el canal nos catapultó instantáneamente al otro lado.

Observar por primera vez el planeta de un profundo color azul fue lo más emocionante que experimenté en la vida. Parecía un sueño, algo completamente irreal. Atrás, en algún lugar del tiempo, quedaban los hielos de Edén y mi hogar.

Aterrizamos en una cordillera montañosa muy alejada de los primeros asentamientos humanos. Nos encontrábamos en el amanecer de las nuevas civilizaciones, hace ahora catorce mil años. Allí establecimos la primera base en el interior de uno de los picos más remotos. Luego, inspeccionamos las zonas más habitadas del planeta e iniciamos contacto con seres humanos de diferentes continentes. Lo hacíamos de forma velada, a través del pensamiento, ya que nuestra vibración poseía una frecuencia más alta que nos hacía invisibles a ellos. Pero algunos, solo unos pocos, tenían habilidades psíquicas más desarrolladas que otros y podían descubrirnos en nuestra longitud de onda. Así pues, gracias a nuestros datos genéticos y a la capacidad de manipular la energía, modificamos ligeramente la apariencia, readaptando el aspecto lo más posible al humano, disipando algunos rasgos propios para aquellos más sensitivos.

En casos especiales, estábamos autorizados a hacernos visibles con ese mismo aspecto e interactuar con los humanos. Y en ocasiones muy excepcionales, ocasiones solo aprobadas por el Consejo, nos dejábamos contemplar en nuestra verdadera y original naturaleza alada. Este tipo de encuentros se llevaban a cabo con el propósito de agilizar la evolución de algunos humanos con dotes de liderazgo, con el fin de provocar saltos cualitativos de pensamiento, avances culturales o generar nuevos cultos

alejados de las primitivas creencias que relacionaban a los dioses con los fenómenos de la naturaleza. A sus ojos, los altos y alados edénicos con capacidades y conocimientos ilimitados, parecían verdaderos dioses a su lado. Esas ventajas nos daban pie a confiar que la colosal cruzada tejida por el Consejo podría funcionar.

Nuestras primeras hazañas tomaron aires de leyenda. Los viajeros del tiempo sembrábamos en el pasado las semillas que florecían, al instante, en el futuro. Mas, los cambios eran lentos y graduales, nos limitaba la posibilidad de poner en peligro a Edén y nuestra propia existencia; se necesitaba mucho tiempo para lograr la transformación. Debido a ello, algunos edénicos rompieron las reglas y se torcieron, olvidaron los objetivos y se desentendieron de Edén. La Tierra del pasado era demasiado irresistible para limitarse a rozarla. De pronto querían disfrutarla, aprovecharla, apropiársela. Se hacía inconcebible pensar en regresar al futuro y a Edén, la tierra de las eternas nieves, con sus espacios limitados, sus jerarquías demarcadas y la monotonía de los mismos rostros.

De igual forma, nos tentaban los humanos. Seres salvajes e incivilizados, pero que nos adoraban; no solo cuando bajábamos la vibración y nos materializábamos en forma similar a la de ellos, sino especialmente cuando descubrían nuestra forma original alada. Se postraban de rodillas y nos idolatraban. Nos ofrecían todo cuanto poseían: alimentos, ofrendas, objetos, joyas, tierras, animales, miembros de su comunidad, incluso sus propios hijos. Y así era fácil desviarse del plan preestablecido, era sencillo olvidarse de Edén. En el pasado, todo resultaba fascinante e irresistible.

Regresamos a casa una décima parte de la expedición porque la gran mayoría no quiso volver, determinados como estaban por levantar allí mismo una nueva Edén. Váliel, como portavoz de la expedición, relató al monarca y al Consejo todo lo sucedido, y exigió un cambio de estrategia, abogando por soluciones más viables y rápidas en beneficio del pueblo. Una cosa era el proyecto en teoría y otra muy distinta la realidad práctica. La Tierra del pasado ofrecía posibilidades inimaginables para nosotros.

Nuestro testimonio provocó las más dispares opiniones y una gran conmoción en Edén. Pronto germinó la duda sobre si un plan a largo plazo, que evitase alterar el transcurso de la historia humana, era tan buena idea. Con el paraíso a nuestro alcance, floreció rápidamente el deseo de organizar una emigración a gran escala.

A pesar del esfuerzo de los dirigentes por convencer a su pueblo de que proceder así era un acto mezquino e impropio de los edénicos, no faltó quien dijo que los humanos se lo tenían merecido por haber destruido el planeta.

No hubo forma de contener la ambición de gran parte de la población que clamaba para sí la tierra prometida. La vida austera y la abstinencia sexual que nos había impulsado a conquistar no solo el espacio, sino también el viaje en el tiempo, fueron, en su efecto contrario, las causas que desataron la codicia y el anhelo de poseer todo aquello de que carecíamos, y ese afán creció de manera exponencial hasta que estalló el levantamiento.

Cerré los ojos, intentando recordar todo lo sucedido con mayor precisión. Las primeras protestas y desacuerdos, los rumores desacreditando al Consejo, los discursos encendidos, las reuniones secretas, el inicio de los alborotos.

Como una pesadilla, Váliel se erigió líder del grupo de insurgentes. Junto a sus aliados de mayor confianza, Lásfín y Krael, dirigieron las primeras revueltas sangrientas. Jamás imaginé que el ser por el que yo habría dado mi vida sería el que enarbolaría la bandera de la rebelión. Me rogó que lo siguiera, que me uniera a él y a su causa.

«Ven conmigo, te lo suplico. ¿Para qué mejorar levemente la estéril Edén, cuando podemos ser los dioses de la fértil Tierra del pasado?», me razonó, mirándome fijamente a los ojos.

Recuerdo, como si fuera ahora, la profunda decepción que reflejó su rostro ante mi negativa de respaldarle. Mas, yo no concebía secundar a alguien cuyos valores y propósitos era incapaz de compartir. Su desencanto dejó paso a la amargura, luego a la rabia y, tras esta, al odio.

«Quédate en la miserable Edén, si es lo que quieres», profirió con desprecio. «Siempre te ha faltado ambición».

Me maldijo y abandonó Edén junto a un numeroso ejército para no volver jamás. Muchos lo siguieron. El monarca ordenó destruir el vórtice con el fin de evitar el éxodo. A partir de entonces, nuestro pueblo se sumió en una cruenta guerra civil que solo acabó cuando se aplastó al último edénico sublevado.

La contienda, empero, continuó en los cielos del pasado a los que llegamos en aeronaves, antes de que se cerrase definitivamente el vórtice. Cuatro mil cuatrocientos edénicos se enfrentaron en una feroz batalla aérea, que los humanos denominaron la «Gran Guerra Celeste».

Cuando vencimos a los rebeldes, ayudados por unas mortíferas espadas flamígeras que Árel había creado, nadie tuvo ánimo de celebrarlo. Váliel había logrado escapar junto con Lásfín y Krael, y un numeroso grupo de edénicos traidores que sobrevivieron. Se escondieron bajo la superficie y fundaron el «Círculo Alado» como representación de los dioses alados en la Tierra. Su objetivo era el de gobernar el planeta desde las sombras.

Con el vórtice sellado, nos quedamos atrapados en el pasado durante algunos milenios. En el transcurso de ese tiempo, edificamos la mayoría de refugios para ocultarnos del enemigo. Ellos por su parte, replicaron nuestras espadas igualando sus condiciones. Mas, nuestros hermanos de Edén hallaron la forma de llegar hasta nosotros y nos mostraron cómo construir pequeñas cámaras que funcionaban como portales, imitando las condiciones físicas del vórtice. Esas cámaras permitían viajar de forma individual de un lado al otro del tiempo sin necesidad de aeronaves.

Cuando por fin regresé a Edén, descubrí que mis padres y casi todos los que amaba habían muerto durante la guerra. No me quedaba familia en el mundo, excepto Lóriél, que se había incorporado al ejército, y su hermana, mi prima, con la que apenas tenía trato a causa de antiguas desavenencias. El Consejo de Sabios había asumido la regencia tras las muertes del monarca y su consorte, y pretendía prolongarla hasta que se resolviera el conflicto que habíamos provocado en la Tierra del pasado.

Ya no formo parte de los elegidos que iban a cambiar la historia de nuestro pueblo. Mis sueños de gloria se evaporaron hasta la última gota. Por mi vínculo con Váliel, abandoné mi vocación de sanador y me involucré en su captura. Para ello, me pusieron bajo las órdenes de mi primo Lóriél, al que llamaban «El Níveo», y que capitaneaba el escuadrón de élite dirigido por el General de todos los ejércitos edénicos, Zhétanon «El Justo». Este era uno de los miembros más destacados del linaje del Cóndor, como Árel. Me convertí, entonces, en el soldado que ostentaba la misión más importante de Edén: apresar a Váliel, el cabecilla de los rebeldes.

Debido a mis habilidades en la lucha y al color y envergadura de mis alas, en el ejército acabaron apodándome «Alas de Acero». Mi tarea exige trabajar en solitario, aunque estoy obligado a informar a mi superior cuando detecto cualquier pista o rastro de mi objetivo. De este modo, me adjudican un equipo de soldados que preservan mi seguridad y, con cuyo apoyo, he desmantelado multitud de conspiraciones y aniquilado innumerables adversarios. Pero a pesar de que pongo todos mis sentidos en concluir esta

misión, Váliel se escapa de mi alcance, una y otra vez, como un pedazo de papel arrastrado por el viento.

Cuando sus maquinaciones y perversiones alcanzaron dimensiones imperdonables, la orden de captura pasó a ser de muerte. Puesto que yo no deseaba acabar con su vida, la percepción de mi cometido cambió diametralmente. No obstante, me vi obligado a aceptar y mantener el compromiso con Edén, continuando con la misión muy a mi pesar. Es una maldición vivir así. Solo Lóriel conoce cuán amargos han sido para mí todos estos años.

El ruido de unos operarios taladrando el suelo, me sacó de mis pensamientos. Salté al vacío y aterricé en el suelo. Recorrí las calles sin reparar en los rostros que encontraba a mi paso. Ningún humano podía verme ni oírme en mi rango de frecuencia y yo no tenía interés alguno en contemplarlos. Era cierto que habían evolucionado y no todos eran como cuando los conocimos milenios atrás; aun así, sus acciones seguían decepcionándome continuamente.

Debía admitirlo, después de tanto tiempo destinado en el pasado, seguía sin querer ligarme emocionalmente a ellos. Mis compañeros de ejército todavía se sorprendían de que fuera inmune al atractivo que ofrecía el planeta en este periodo, pero a diferencia de ellos, yo no encontraba placer alguno en mi trabajo, ni siquiera moviéndome en una tierra tan hermosa y, a la par, tan llena de vida como esta.

Si echo la vista atrás y hago recapitulación de mi existencia, debo admitir que la guerra contra los renegados se ha llevado las tres cuartas partes. No resulta un balance demasiado gratificante. A lo largo de este tiempo he combatido y derrotado a centenares de edénicos rebeldes, incluso enemigos que una vez fueron mis amigos. No me siento orgulloso de ello, quizá sea ese parte del problema.

El último encuentro con Váliel, a mediados del siglo XX, regresaba con frecuencia a mi memoria. *Había estado siguiendo un rastro que parecía conducir a una vía muerta y, cuando menos lo esperaba, lo hallé de madrugada a las puertas de un pequeño palacete, situado en una estrecha calle de Buenos Aires. Fue un encontronazo repentino, lo cual me impidió informar debidamente a Lóriel. Váliel estaba solo, o eso creí, por lo que no me costó aproximarme y situarme a su espalda.*

He pensado muchas veces en ello. Si alguien ha podido estar más errado en su vida por algo, debí de ser yo en aquel instante. Vacilé sí, en el momento clave, como un guerrero novel e inexperto.

Matar a traición me parecía un acto vil y despreciable, y aún más tratándose de Váliel. Quería confrontarlo cara a cara, con honor, de modo que pronuncié su nombre con la intención de entablar un noble combate, en consideración al estrecho lazo que una vez hubo entre nosotros.

Debería haber previsto su reacción, mas, me confié. Sin girarse siquiera, cargó hacia atrás su espada flamígera dirigiéndola directamente a mi cuello. Ignoro cómo logré proteger a tiempo parte de mi garganta colocando, a modo de defensa, el antebrazo. El impacto de su brutal estocada me derribó violentamente.

«Kaliel —formuló mi nombre con tal resentimiento que me estremecí al oírlo—, tu condescendencia..., no imaginas cuánto la detesto. Crees que soy débil, ¿verdad? Tu piedad me da asco».

Lo miré desde el pavimento, taponando con firmeza la herida del cuello por la que se escurría mi esencia de vida. El rostro de Váliel estaba tan lívido que parecía un espectro. Me quedé en silencio esperando a que me asestara el golpe de gracia. En lugar de hacerlo, se elevó sobre mí contemplándome con un rictus extraño.

«Te advertí claramente que permanecieras en Edén, pero tú tenías que seguirme para hacerte el héroe. Por desgracia, en este mundo sobra uno de los dos y, el ganador, se lo llevará todo. No permitiré que me arrebatas esto también».

Volvió la cabeza hacia unos seres interdimensionales de grado superior que aparecieron súbitamente y, con un rápido gesto, les indicó que acabasen conmigo. Me dolió más ese desprecio que si me hubiese eliminado él mismo.

A pesar de mi lamentable estado, conseguí regenerar parte de mis tejidos y reaccionar con rapidez. Desplegué mis alas y me alcé unos metros cayendo sobre uno de ellos, derribándolo. Mi espada lo atravesó dejándolo inmóvil. A continuación, esquivé las garras de otro lagarto y lo decapité tras una dura pelea que se extendió más de lo que habría deseado.

Algunos edénicos, con los que no contaba, se sumaron al asalto. Con la suerte de mi parte, derroté a todos y a cada uno de los que osaron enfrentarme. La exaltación de saberme en el bando de los justos me poseía. Acto seguido, busqué frenéticamente a Váliel para desafiarle también, pero este no se había molestado en presenciar el final del combate.

La simple remembranza de aquel hecho hizo que me hirviera la sangre. ¡Pensar que ahora tenía que aguardar siete endiabladas noches antes de pasar a la acción! Mas, esta vez, no cometería errores; no sostendría una lucha honorable ni digna, solo letal. Por fin, tenía una nueva oportunidad de confrontarlo y regresar a Edén.

Y, verdaderamente, deseaba volver. La vida en la Tierra antigua me resultaba fría y solitaria, y ya no quedaba rastro de ilusión en mí para participar en el Plan del Consejo. Yo no había viajado a los confines del tiempo para llevar una existencia plagada de sinsabores, ni para despojar mi corazón de todas sus aspiraciones. Finalizado el último enfrentamiento, retornaría a mi hogar y me dedicaría por entero al cumplimiento de mis obligaciones personales.

Me imaginé, por unos instantes, caminando en la casa de mi madre y sentándome en el escritorio de mi abuelo debatiendo con Runnel, el viejo secretario, la creación de un nuevo vivero o la administración de los ya existentes, propiedad de la familia. ¡Qué hermoso e ilusorio sueño!

Desafortunadamente, cuando retornase a Edén, tendría que enfrentarme a todo el Consejo y a sus rígidas exigencias. Mi negativa a ocupar el lugar de mi padre había creado una situación caótica sin precedentes. Aunque, esa era otra cuestión a tratar más adelante. Lo principal, ahora, era continuar con la tarea encomendada hasta finalizarla.

Tras fundar el Círculo Alado, Váliel se obsesionó con aumentar sus filas. Al principio, trataron de tener descendencia entre ellos, sin embargo, sus intentos de reproducción fracasaron. Entonces, los rebeldes se vieron obligados a cruzarse con seres humanos para tener aliados fiables. Su prole híbrida formó las Casas o familias dominantes y permanecieron en la sombra ejecutando con precisión los planes del Círculo. Estas familias reunieron, a su vez, a otros adeptos completamente humanos, encumbrándolos con prestigio, posición y riquezas, a cambio de obediencia y fe ciega.

Sus intrigas y conspiraciones colocaron a Váliel al frente del poder en la Tierra. Contaba con la adoración y respaldo de influyentes sociedades y hermandades secretas, de la élite política, empresarial y financiera mundial, de las corporaciones de poder, por no mencionar los infames pactos acordados con malvadas entidades interdimensionales.

Sus últimas actuaciones estaban poniendo a la humanidad en una posición muy crítica, sin que ella tuviera conocimiento siquiera.

Por fortuna, Lásfín y Krael, que habían tenido gran influencia en Oriente Medio y África, habían sido aniquilados por Zhétanon en las postreras décadas. Un duro golpe al núcleo del Círculo Alado y el retorno a la esperanza de enderezar el Plan del Consejo.

Por consiguiente, tener localizado al último bastión de la rebelión era una oportunidad trascendental para nosotros. Sin duda, los próximos días exigirían de mí todo el valor.

Sobrevolé una larga y ruidosa vía que bajaba hasta el mar. Automóviles y motocicletas circulaban por aquella arteria creando un rumor continuo y persistente del que, con cierto esfuerzo, acabé acostumbrándome. Me dirigí hacia el puerto que se divisaba a través de una gran intersección de calles amplias, colapsadas por el tráfico.

El fulgor de las primeras semanas del verano rezumaba por todas partes, especialmente en las tonalidades del cielo y en el brillo de los árboles.

Alcé la vista hacia los edificios próximos al muelle y escogí uno. Me elevé unos metros hasta alcanzar la cornisa y contemplé desde ese punto las numerosas embarcaciones que parecían moverse al compás de una melodía desafinada, por la inesperada entrada al puerto de aguas agitadas.

Los rayos del sol, descompuestos en innumerables destellos, reflejaban la hermosa luz del atardecer en la superficie del mar, obligándome a entornar los ojos para poder apreciar por entero su belleza. Tenía que reconocer que esta ciudad me agradaba.

El astro se fue desplazando lentamente hasta que anocheció. Aquella espera se hacía insufrible y me inquietaba no poder detener los planes de Váliel antes de que fuese demasiado tarde. Si hubiese sabido lo que ocurriría después, sin duda habría desobedecido a Lóriél y actuado de otra manera.



Capítulo V



Kaliel

Cinco soles habían transcurrido desde mi última comunicación con Lóriel. Durante todo ese tiempo, la fibra energética de Váliel aparecía y desaparecía de forma intermitente, manteniéndome en un estado de constante incertidumbre.

Agotado por esa tensión, dejé que mi pensamiento volase en una dirección que hasta ahora no me había permitido ir. Se trataba de un suceso de poca importancia, pero su continuo recuerdo se entrometía una y otra vez en mi cerebro, en contra de mi voluntad.

El incidente había tenido lugar dos noches atrás. Me hallaba vagando por la ciudad sumido en mis reflexiones, cuando percibí el aroma nauseabundo de una entidad interdimensional de clase inferior. Recorrí el área con la vista y vi al demonio agazapado entre automóviles estacionados. Indudablemente, había advertido mi presencia y trataba de escabullirse. Le grité en su lengua y, al oír mi amenaza, su vibración bajó varias frecuencias a causa del miedo.

Con un par de zancadas me coloqué frente a él y, antes de que pudiese reaccionar, inicié el ataque. No fue un golpe limpio, logró saltar hacia atrás y solo pude rasgarle una extremidad. Se revolcó por el suelo malherido, al veinte por ciento de materialización.

Mientras levantaba mi espada para ejecutarle, atisbé una motocicleta aproximándose a gran velocidad. Por unos instantes, no pude apartar la mirada del aura multicolor de uno de los pasajeros. Se trataba de un campo electromagnético totalmente irisado. En lugar de predominar un solo color, ese halo, radiante y cromático, destacaba en la noche como la cola de un pavo real.

Durante mi momentánea distracción, el ente fue arrastrándose al centro de la calzada. Al percatarme de ello, su materialización ya alcanzaba el cincuenta por ciento. Realicé un rápido cálculo de distancias y velocidades, deduciendo que, si el conductor de la motocicleta no era hábil, el accidente no podría evitarse.

Al instante, el vehículo de dos ruedas colisionaba contra el demonio que ya empezaba a adquirir consistencia semisólida. El piloto, sorprendido por un impacto que no esperaba, perdió el control del vehículo y chocó lateralmente con un automóvil que circulaba en sentido contrario.

Se oyó un estruendo y los gritos de los pasajeros precipitándose en el aire. El conductor logró sujetarse al manillar y cayó de nuevo sobre el asiento, derrapando con la motocicleta por el suelo. El poseedor de la hermosa aura, salió despedido en dirección a los vehículos estacionados, golpeándose violentamente contra uno de ellos y cayendo de cabeza al asfalto.

Otros dos automóviles se vieron también implicados, al sortear a los accidentados del suelo.

No tenía por costumbre intervenir en asuntos humanos; mi contacto con ellos se limitaba a lo estrictamente necesario y siempre dentro del marco de la misión. Sin embargo, la responsabilidad de lo sucedido me obligó a acercarme y calibrar las consecuencias.

Estudí toda la escena bajo el manto de invisibilidad que me cubría. En una rápida inspección, comprobé que nadie parecía estar en peligro, excepto aquella aura singular, a la que me aproximé todavía más, para valorar si su estado revestía gravedad. Pertenecía a una hembra de pequeño aspecto, quizá una adolescente. Una escueta lectura de su energía, me permitió identificar varias lesiones en distintas partes del cuerpo.

Ocupantes de los vehículos accidentados se aproximaron con presteza a atender a los heridos. Contemplé como ayudaban al muchacho a incorporarse y sentarlo en la acera.

Una mujer y dos hombres procedieron a ocuparse de la niña que permanecía inmóvil, tendida bocabajo junto a la línea de coches estacionados. La mujer revisó su cuerpo en busca de signos vitales y, al no encontrarlos, la giró hasta dejarla bocarriba. Al acto, aprecié que no se trataba de una adolescente sino de una joven desarrollada. Uno de los hombres comprobó que respiraba y advirtió a la mujer que no convenía moverla. El otro individuo sacó del bolsillo un teléfono y llamó para solicitar

asistencia. A continuación, los tres se apresuraron a organizar el tráfico que todavía sorteaba el accidente.

Aproveché para situarme cerca de la chica inconsciente. Apenas podía atisbar el rostro a través de la visera rota del casco que, por otro lado, le quedaba demasiado grande. Era evidente que no le pertenecía y, aunque en parte había hecho su función, no la había protegido completamente.

Su acompañante la llamó desde el otro lado de la calzada por un nombre poco corriente. Al no obtener respuesta, siguió inspeccionándose sus abrasiones y quejándose de ellas sin manifestar el menor escrúpulo por su compañera. Lo miré con desprecio. Su aura me revelaba a un ser humano mediocre, insensible, superficial; desprovisto de cualquier cualidad que despertara mi interés.

Por el contrario, el excepcional campo energético de la joven brillaba increíblemente policromado a pesar de haberse oscurecido debido a su condición. Tuve que obligarme a desviar la mirada y enfocar la atención hacia el resto de implicados. Verifiqué que ningún accidentado corría peligro de muerte y que la situación estaba controlada.

Considerando que mi responsabilidad terminaba allí, recordé, como un destello, al maldito demonio y me censuré por haberlo olvidado. Escudriñé la zona en su busca y fue entonces cuando la escuché susurrar a mis pies; la muchacha herida recuperaba la consciencia y alzaba levemente una mano buscando a tientas. Miré alrededor y nadie pareció reparar en ella.

Sentí una punzada de culpabilidad y me apiadé de la chica. Hinqué la rodilla en el suelo e, inclinándome, la examiné. No iba desencaminado al haberla confundido con una niña; su complexión pequeña y su aspecto frágil reforzaban esa impresión. De hecho, la posición de su cuerpo despedía tal aire de desamparo que me provocó todavía mayor malestar y un considerable aumento del cargo de conciencia por no haber acabado con el demonio a tiempo, evitando así el accidente.

Levanté la visera del casco. A través de ese espacio, masajee el chakra *ajna* de su frente para activar su capacidad perceptiva. Por supuesto, no era la mejor idea, pero por experiencia sabemos que nuestra apariencia complace a los humanos sobremanera, y mi intención con ello era proporcionarle consuelo y calma. Proseguí frotando hasta que frunció el entrecejo con desagrado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, rescatando de mi memoria un idioma que hacía mucho que no practicaba.

—¿Qué ha pasado? —musitó llena de confusión.

Supuse que abriría los ojos, mas no fue así.

—No temas, has sufrido un percance, pronto llegará el auxilio.

No dijo nada y temí no haber construido correctamente la frase. Mientras tanto, su insólita aura empezó a aclararse. Los tonos verdes, añiles y dorados dominaron todos los demás. Me quedé embelesado, admirando su magnífico resplandor. Observé mi aura mezclándose con la de ella y constaté con extrañeza que no se repelían como me sucedía con otros humanos; se habían fusionado de forma natural, aceptándose entre ambas.

—Mi amigo —murmuró—, ¿está bien?

Salí de mi trance y eché un vistazo en su dirección. Continuaba sentado en la acera hablando por teléfono.

—Sí.

—¿Y los del coche?

Los busqué con la mirada.

—También. Ahora están despejando la zona.

—¡Menos mal! —musitó fatigada, pero con evidente alivio—. ¿Entonces no hay nadie grave?

«Tú, probablemente», pensé con remordimiento, si bien me reservé el comentario para no alarmarla.

—No, los heridos son leves —aclaré.

—Íbamos demasiado rápido...

—No ha sido culpa tuya —me vi forzado a decir—. Todos están bien.

—Me alegro...

Acto seguido, alzó un poco su brazo y lo movió a ciegas. Estuvo luchando por mantenerlo erguido hasta que, intrigado, intenté descubrir qué pretendía.

—¿Estás buscando algo?

—Mi teléfono... Tengo que hablar con mis padres.

Se expresaba cada vez más despacio, casi susurrando.

—Todo a su debido tiempo —indiqué—. Alguien los llamará en breve.

—No..., prefiero hacerlo yo. No quiero que se preocupen, no quiero que piensen que otra vez...

Se interrumpió y la miré escéptico. Llamaba la atención que pareciera más inquieta por los demás, que por ella misma. Su nivel de empatía me sorprendía dadas las circunstancias en las que se hallaba.

—Me temo que no estás en condiciones de hablar con ellos. Deberás aguardar a que llegue la asistencia.

—No, por favor, ayúdame... mi teléfono...

«Buscar su teléfono..., una mala idea», me dije. Quien fijase la vista en nuestra dirección, únicamente vería moverse el aparato como si fuera un fenómeno paranormal. No deseaba que mi intervención llamase la atención de los humanos o que llegase a oídos edénicos; ya me había expuesto suficiente hablando y haciéndome visible a ella.

—Por tu bien, es mejor que te quedes lo más inmóvil posible —señalé.

Desoyendo mis consejos, trató de alcanzar con la mano el bolsillo de su pantalón; la lesión de sus costillas y el dolor por el esfuerzo se lo impidieron. Volvió a intentarlo poco después, luchando un poco más. Estuvo a punto de lograrlo, aunque en el último momento, lanzó un gemido lastimero y su mano se desplomó en el suelo. Hubo una tercera y cuarta tentativa con el mismo resultado. Creí que desistiría, mas, contra todo pronóstico, resistió.

Levanté las cejas, perplejo: aquella criatura era tan obstinada como pertinaz.

Cuando inició el sexto intento y ahogó otro quejido, me encontré pasando mis manos por sus caderas en busca del maldito aparato. Lo detecté en uno de sus bolsillos delanteros, pero al introducir los dedos y notar su calor humano, sentí que se me erizaba la piel de todo el cuerpo. Me detuve en seco y retiré la mano, extremadamente incómodo.

—Esperarás a que vengan a ayudarte —decreté envarado.

—¿Es que no puedes coger el teléfono?

—No lo encuentro.

—Está en mi bolsillo —insistió.

—No, no está —rechacé con brusquedad para zanjar el asunto.

—Sí que está; lo estoy notando.

La muchacha, lejos de claudicar, probó otra vez impulsando su mano sin atinar ningún destino

Negándome a permitir aquel agónico desperdicio de fuerzas, contuve la respiración e introduje mis dedos en su apretado pantalón. Tanteé despacio el interior del bolsillo percibiendo cómo el calor de su piel traspasaba la fina tela bajo mis dedos. Mi cuerpo respondió agitándose y tragué saliva. Si Lóriel o cualquier guerrero de Edén me hallasen poniéndole las manos encima a una humana, ¿qué opinión se formarían? ¿Creerían que me había dejado llevar por los instintos más bajos como hacían los renegados que combatíamos?

—¿Lo tienes? —preguntó ajena a mi malestar.

—Casi puedo tocarlo —logré decir.

Apenas me atrevía a seguir moviendo mis dedos en aquel estrecho bolsillo. ¡Por todos los demonios! Nunca me había encontrado en una circunstancia tan desapacible como aquella. Empapado de un sudor frío, que no había experimentado en toda mi existencia, profundicé hasta alcanzar el dispositivo.

Cuando me aseguré de que nadie miraba, lo extraje rápido y lo dejé en el suelo, feliz de verme liberado de la proximidad de ese cuerpo cálido y tembloroso. Me sequé la frente con el antebrazo e inspeccioné el aparato. La violenta caída de la muchacha lo había dejado inservible.

—Está destrozado —le informé.

Chasqueó la lengua con impotencia.

—La asistencia llegará en cualquier momento —la tranquilicé—. Ten paciencia.

—¿Qué hora es?

Al no contar el tiempo como los humanos, cogí su pequeña muñeca y le eché un vistazo.

—Tu reloj marca las cinco y veinticinco.

—¡Oh! Es muy tarde...

Intentó incorporarse y se quejó.

—Ya te advertí que no te movieras —le recordé molesto, sin lograr entender por qué esa chica era incapaz de permanecer inmóvil como dictaba el sentido común.

—Necesito llamar a mis padres. Creo que puedo levantarme si me ayudas —sugirió.

—De ninguna manera. No voy a moverte. Podrías lesionarte más.

Suspiró frustrada.

—No puedo esperar. Si no lo hago yo, lo harán ellos.

Supuse que se refería al personal de emergencias sanitarias. Haciendo caso omiso a lo que le había aconsejado, intentó impulsarse y rotar sobre sí misma.

«¿Es que no se rinde nunca?», me cuestioné exasperado.

Doy fe de que puso enorme empeño en darse la vuelta, mas, tuve que detenerla con la mano para evitar que se lesionara seriamente el hombro.

—Detente —dije con firmeza—, si sigues así, lo lamentarás después.

—Ya lo sé —respondió con un hilo de voz—. Me duele todo... Ni siquiera me atrevo a preguntarte qué aspecto tengo.

«Interesante», confirmé. Luego, resoplé irritado. ¿No era precisamente este tipo de razonamientos lo que más aborrecía de los renegados? El considerar a los humanos como seres cercanos e, incluso, semejantes.

—¿Tan malo es? —indagó angustiada.

Volví al presente.

—¿Eh? No, no... —repliqué rápido para no inquietarla—. Te recuperarás pronto.

—¡Oh, Dios! —suspiró—. Esa respuesta..., ¿es una excusa?

Al oírle decir eso, casi me entraron ganas de reír.

—No. Todo irá bien.

—Pero ¿hay sangre? Me da miedo abrir los ojos.

—Solo rasguños —me cercioré, mirándola de arriba abajo—. No obstante, tendrán que controlarte el brazo y la cabeza.

Advertí que un mechón de su melena se había deslizado en un movimiento lento sobre mi bota. Sentí algo perturbador y la retiré bruscamente, como si esas hebras de cabello tuvieran la capacidad de derretir mi calzado. Entonces, me fijé en su ropa y en la inscripción que rezaba en ella. Era una frase sin demasiado sentido, pero que encontré, cuando menos, intrigante. La leí otra vez y me cuestioné con interés: «¿Es así como espanta a sus pretendientes?».

Inmediatamente volví a reprenderme. No me gustaba la dirección que estaban tomando mis pensamientos. Sabía que era peligroso interrelacionarse con los humanos y las emociones que ahora percibía confirmaban muy bien esa premisa.

Me levanté, inquieto.

—No te irás, ¿verdad? —tartamudeó asustada, moviendo el brazo como si quisiera retenerme—. ¡Por favor, no te vayas!

Su voz se quebró y me agaché de nuevo.

—Estoy aquí.

—No quiero quedarme sola.

—No me iré —le prometí, arrodillándome junto a ella cuando, en realidad, lo que deseaba era alejarme de allí a toda costa.

—¿Me coges la mano?

Miré su minúscula mano y algo se me revolvió dentro.

—Es mejor que no te toque.

Suspiró desalentada.

—Pues hálame de algo.

—¿De qué quieres hablar?

—De cualquier cosa, de lo que sea.

Abrí la boca y, de pronto, no supe qué decir. Jamás había mantenido una conversación intrascendente con un ser humano. ¿De qué se suponía que debíamos hablar? Por primera vez en mi vida me encontré en desventaja frente a uno de ellos.

—Qué suerte tengo... —la oí murmurar tras un largo silencio.

Me acerqué un poco para oírla mejor.

—¿Por qué?

—No eres muy hablador.

—Así es —confirmé seco—. Disculpa si no te doy conversación.

Tenía razón, yo no era locuaz y menos con los humanos.

—No te preocupes —declaró con un amago de sonrisa, que se transformó en una mueca de dolor—. Tampoco yo soy sociable.

Desvió el rostro hacia el otro lado y sentí una desazón incomprensible. ¿Qué me sucedía? En verdad deseaba ayudarla.

—¿Qué edad tienes? —farfullé, preguntando lo primero que me vino a la mente.

Volvió la cabeza hacia mí, aún con los ojos cerrados, como si ese torpe intento de iniciar una charla fuera exactamente lo que necesitaba.

—Veinte.

«Veinte años», repetí internamente. «Un polluelo recién salido del huevo».

Mientras pensaba qué otra cuestión plantearle, intenté enfocarme en la exploración de sus órganos, pues estaba decidido a irme cuanto antes, sin que me remordiera la conciencia.

—¿Y tú? —inquirió, rompiendo mi concentración.

—¿Cómo dices?

—Tu edad.

La miré por el rabillo del ojo.

—Unos cuantos más que tú —murmuré.

Intentó abrir los párpados, aunque solo consiguió alestear las pestañas. Las tenía largas y oscuras formando un arco almendrado.

—Creo que me he quedado ciega —gimió.

Levanté las cejas y reprimí una sonrisa.

—A tus ojos no les pasa nada.

—Me cuesta abrirlos —insistió.

—Estás extenuada por el estrés. Relájate y permíteme hacer algo.

—¿El qué? —preguntó; sin embargo, no esperó mi respuesta—. Uf, me duele mucho la cabeza...

—Te la has golpeado.

—Y aquí también —agregó, tocándose el tórax—. Y el brazo...

—Te comprendo. Concédeme un momento —le rogué.

Jadeó entrecortadamente; la lesión en las costillas le impedía cada vez más respirar con fluidez.

—¿Qué estás haciendo?

—Aguarda un instante.

—Es que necesito hablar —se lamentó.

—Lo entiendo, no tardaré.

—Pero...

—Shhhh.

Por fin se quedó callada. Cerré los ojos intentando concentrarme y los abrí cuando estuve listo para escanear su aura por la zona más próxima al cuerpo. Detecté tejidos abrasados en cadera, rodillas, manos y codos; una fractura limpia en el brazo izquierdo y el hombro fuera de su sitio; dos costillas fisuradas y el corazón... ¿Qué era eso? Examiné varias veces ese punto. Estaba casi seguro, el órgano no formaba parte del mismo ser. ¿Era, por ventura, esa aura tan particular la manifestación de dos esencias distintas conviviendo en un solo campo?

Volvió a quejarse y apreté las mandíbulas procurando aplacar el enojo que crecía en mi interior al verla padecer por mi incompetencia.

De pronto, su tormento se me hizo insoportable y un impulso repentino me indujo a intervenir en contra de las normas. Haciendo uso de mis conocimientos médicos, encajé mi mano en la suya por los centros energéticos, transfiriéndole abundante energía sedante. A través del hueco de la visera, contemplé como se iban aflojando sus cejas y párpados.

Por fin me sentí aligerado. Siempre había querido ejercer mi vocación y ahora experimentaba la necesidad, no solo de calmarla, sino de curarla por completo.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor —corroboró con tono placentero.

Sonreí satisfecho y, sin pensarlo, levanté con la otra mano el mentón abatible de su casco para verle bien el rostro y comprobar si su expresión era sincera. Una lágrima prendida en el lateral de sus pestañas resbaló y recorrió

su sien perdiéndose en el cabello. Desvié la mirada y examiné su semblante al completo. Se me formó un nudo en el estómago. Había algo en esa chica que me removía por dentro.

Por fortuna, la estricta reglamentación de nuestro código afloró a mis pensamientos y contuve lo que fuera que estaba iniciándose.

Cuando lo consideré pertinente, interrumpí la transfusión energética que fluía de mi palma. Al notar que me apartaba, la joven estrechó mi mano de forma inesperada. Observé, atónito, como sus dedos se entrelazaban con los míos de una forma íntima y solté un juramento. ¿Había exagerado con la dosis? De pronto temí haberle trasferido el equivalente a un edénico y haberla intoxicado. Ella trataba de disculparse, entre adormilada y consciente por efecto de la sedación que yo mismo le había administrado.

—..., pero no me sueltes, ¿vale? Es una sensación tan agradable... Eres un ángel.

Estrechó todavía más sus dedos y sonrió abiertamente como si estuviese embriagada. Su rostro se transformó ante mis ojos: fresco, delicado, radiante... La contemplé sobrecogido y, al instante, un profundo espasmo recorrió mis entrañas.

En un acto reflejo, la sujeté por la muñeca.

—Te ruego que liberes mi mano ahora mismo —le ordené ofuscado por lo que acababa de sentir.

No esperé a que lo hiciera voluntariamente; presioné su articulación y la palma se abrió al instante. Retiré mi mano sin apenas creer lo que me estaba sucediendo y me prometí no volver a tocarla jamás.

—Lo siento —se disculpó otra vez. Luego, sonrió y añadió—: ¡Dios! ¡Hueles tan bien!

Carraspeé turbado e, instintivamente, ladeé mi cabeza hacia el hombro, del que no percibí ni el más sutil aroma. Arrugué las cejas. ¡Qué demonios soltaba esa criatura por la boca!

—Ese olor..., sé que lo conozco —caviló—. Lo he olido en alguna parte. Me recuerda a algo... No sé. ¿Puedes acercarte?

Tanteó con la mano mi abdomen y trató de tirar de mi ropa en un absurdo intento de olfatearme de cerca. Naturalmente, no consiguió moverme un milímetro; su poca energía se agotó al instante y me soltó exhalando un profundo suspiro. Mis ojos se dirigieron hacia sus labios entreabiertos y mis entrañas se contrajeron otra vez. Un aluvión de sensaciones abrumadoras volvió a golpearme y me repugnó mi reacción.

Comprendí que esa humana no me resultaba indiferente; por alguna razón me atraía y me repelía al mismo tiempo. Si continuaba a su lado, podría verme arrastrado a algún lugar indeseable.

La maldije resentido.

—No sé si no logro hacerme entender —declaré tenso—, pero te lo ruego: procura permanecer inmóvil, sin mover el brazo.

En realidad, no estaba enojado con ella; era conmigo con quien estaba enfadado. ¿Qué falta había cometido aquella joven sino confundirme con uno de los suyos? Era yo el que respondía de forma irrazonable y, desde luego, eso no presagiaba nada bueno.

La sirena de los servicios sanitarios aproximándose, me permitió respirar de nuevo. Solo me quedaba verificar la mancha de su cerebro.

—¿Es eso la ambulancia?

—En efecto. ¿Puedo persuadirte para que me dejes hacer una última comprobación?

—¿Cuál?

—Seré breve. ¿Y podrías permanecer en silencio mientras tanto? —le rogué.

—¿Vendrás conmigo?

La miré con detenimiento.

—No creo que sea buena idea —repliqué—. Mantente callada un instante.

—¡Acompáñame, por favor! —insistió.

—No puedo —dije, apoyando un dedo en sus labios para silenciarla de una vez.

—Tengo miedo... —confesó, abriendo la boca bajo mi yema.

El calor de su aliento, la suavidad de sus labios, el cosquilleo en mi dedo... Un estremecimiento involuntario me sacudió el vientre y, esta vez, llegó directo y certero a mi entrepierna. La miré con los ojos desorbitados cuando mi miembro cobro vida.

—¡Silencio, mujer! —exclamé consternado, pero, por encima de todo, alarmado.

Cerré el mentón abatible del casco con rudeza y la oí quejarse. Esa humana había provocado una reacción física e inequívoca en mi cuerpo y, para mi vergüenza, ni siquiera era consciente de ello. ¿Y era posible que no hubiera abierto los ojos ni una sola vez?

La joven guardó silencio, amedrentada por el tono impositivo y seco que había empleado y por la brusquedad de mi gesto. Presuroso, desactivé su visión perceptiva introduciendo mi mano por la visera. Necesitaba retirarme de allí a toda prisa.

—No tienes nada que temer, créeme, la ayuda ya está aquí —dije, poniéndome en pie—. Pronto te reunirás con tu familia.

—No...

El vehículo hospitalario se detuvo junto a nosotros y bajaron de él dos paramédicos.

—Todo irá bien —añadí—. Buena suerte.

Fue entonces cuando levantó por fin los párpados y me buscó. La estudié mientras trataba de localizarme con aquellos ingenuos y grandes ojos de gacela. Me pregunté qué impresión se había llevado de mí y, de repente, no me sentí satisfecho con mi comportamiento. ¿Había sido demasiado áspero?

En un arranque de culpabilidad, volví a agacharme y aproximé el pulgar a la altura de la corteza prefrontal y dibujé una espiral emborronando parcialmente su memoria. Sus recuerdos permanecerían vagos e incoherentes. Ella se llevó la mano al rostro como si hubiese percibido algo. Había vuelto a interferir, pero sabía que había hecho lo correcto.

Me aparté unos metros, notando al hacerlo como me abandonaba la exquisita calidez de su aura. Los sanitarios recogieron el teléfono del suelo y la subieron a la camilla.

Contemplé cómo se alejaba el vehículo con aquella muchacha desconocida, regresando casi inmediatamente a esa persistente soledad que me acompañaba como una pesada sombra desde que dejé mi hogar.

Para no pensar más en ello, me fui en pos del demonio. No tardé en captar su fétido rastro y lo seguí cruzando dimensiones hasta atraparlo. Mi interrogatorio no le arrancó ninguna información relevante; solo era una sabandija habitando en el bajo astral. Lo eliminé y volví ansioso a otro punto de la ciudad. No quería recordar a la chica, ni sus lesiones, ni su aura, ni su sonrisa y, mucho menos, su mano enlazada a la mía. Quería olvidar el incidente de inmediato, desterrarlo si era posible, erradicarlo para siempre de mi memoria.

Caminé errante por las oscuras y vacías calles. La espera no hacía sino empeorar mi ánimo, sintiéndome cada vez más víctima del desaliento. ¡Por los hielos de Edén! ¿Qué diablos estaría haciendo Lóriel?

Yo aún no lo sabía, pero esa no sería la primera ni última vez que sucumbiría ante la única humana capaz de hacer palpitarse mis entrañas.

